JULIO CERVERA

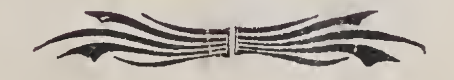
La Casa de los Almendros

ZARZUELA

en un acto y cuatro cuadros, original

MUSICA DE LOS MAESTROS

ASENSI Y LOZANO



MADRID
SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES
Núñez de Balboa, 12

1912

LA CASA DE LOS ALMENDROS

LA CASA DE LOS ALMENDROS

ZARZUELA

en un acto y cuatro cuadros

ORIGINAL DE

JULIO CERVERA

MÚSICA DE LOS MAESTROS

MIGUEL ASENSI y FRANCISCO LOZANO

Estrenada con gran éxito en el TEATRO APOLO de Valencia, el 3 de Mayo de 1912



VALENCIA—1912

Talleres de Imprimir Sucs. de Emilio Pascual

Pizarro, 19

REPARTO

Personajes	Actores
ANTONIA.—28 años.	CONSUELO TABERNER.
ANDREA.—8 íd..	NIÑA RUBIO.
GINÉS (El Tonto).—25 íd. . . .	JULIO CERVERA.
ANDRÉS.—30 íd.	VICENTE APARICI.
DON BLAS.—55 íd..	ALFONSO O. TORMO.
TIO ROQUE.—70 íd.	JOSÉ SANTAMARTA.
BASTIÁN.—30 íd.	NICOLÁS NADAL.
GILDO.—20 íd.	JOSÉ BENÍTEZ.
UNA VOZ..	ANTONIO FUSTER.

CORO GENERAL

Epoca actual

(Derecha é izquierda las del actor.)

ACTO ÚNICO

CUADRO PRIMERO

Casa de labranza en un pueblo imaginario de Castilla. Al foro puerta grande con cerrojo. En los primeros términos, izquierda y derecha, puertas con cortinas. En el foro derecha, puerta con cortina también. En segundo término derecha, ventana con reja que se pueda abrir y cerrar á su tiempo. En segundo izquierda, chimenea grande con un poco de fuego consumido. Frente á la chimenea un sillón antiguo de cuero. A la derecha de la escena una mesa grande, antigua también, y repartidos por la escena sillas y utensilios propios de la casa. La ventana y la puerta del foro estarán cerradas.

ESCENA PRIMERA

Antes de levantarse el telón se oye al CORO GENERAL que canta:

Vamos al trabajo
que llega el día,
pues es lo que al pobre
le da la vida.

UNA VOZ. Dos cosas hay en el mundo
que me llenan de alegría;
cuando me voy al trabajo
ó veo á la novia mía.

CORO GEN. Vámonos aprisa,
vamos sin parar
porque ya el día
va á clarear.

Antes de terminar el coro la segunda estrofa, se levanta el telón, procurando que las voces se oigan muy lejos, y aparecen en escena el TIO ROQUE durmiendo en el

sillón y ANTONIA sentada apoyando un brazo sobre la mesa y sobre éste la cabeza como rendida por el sueño. Va clareando el día lentamente. Después que termina el coro la orquesta seguirá unos compases, procurando terminar muy pianísimo. Cuando ésta termine, se despertará el TIO ROQUE, y después de restregarse los ojos con el reverso de las manos, empezará el diálogo, procurando que éste sea á media voz hasta la salida de ANDRES.

ROQUE. ¡Antonia!... ¡Antonia!...

ANTONIA. ¡Padre!

ROQUE. ¿Qué hora es?

ANTONIA. (Después de abrir la ventana.) ¡Ya es de día, padre!

ROQUE. ¿Y... no ha venido?

ANTONIA. (Suspirando.) ¡No ha venido!

ROQUE. ¡Me extraña mucho su tardanza!... (Pausa. Antonia rompe á llorar.) ¿Qué es eso, hija mía? ¿Lloras? (Levantándose pesadamente.)

ANTONIA. ¡Sí, lloro! ¡Por más que hago no puedo contener mis lágrimas! ¡Y no es que dude de su cariño; es que me da el corazón que le ha sucedido alguna desgracia!

ROQUE. ¡Vamos, calla, no digas tonterías!

ANTONIA. ¡Sí! ¡Tonterías! ¡Tonterías! De algún tiempo á esta parte noto algo en Andrés que no me explico, pero me tiene intranquila!

ROQUE. Ten calma, porque esa intranquilidad es propia del cariño que le tienes. Si no ha venido será... porque... no habrá podido venir... eso es. ¡Pero como pasarle, no le ha pasado nada! Bien claro me lo dice el corazón, y éste á mí no me engaña.

ANTONIA. ¡Ay, padre! Pues el mío me dice lo contrario.

ROQUE. Bueno; ya veremos quién gana. (Se sienta en el mismo sillón que ocupaba antes, y después de una pequeña pausa, se oye la voz de ANDRES que llama en voz baja desde el foro.)

ANDRES. ¡Antonia! ¡Antonia!

ANTONIA. ¡Ya está ahí! (Abriendo la puerta del foro y cayendo en sus brazos.) ¡Andrés! ¡Andrés de mi alma!

ESCENA II

DICHOS y ANDRÉS

ROQUE. ¡Lo ves, tonta! ¡Ves como tenía razón el mío!

ANDRES. (Que no había visto al Tío Roque.) ¡Pero, padre! ¿También está usted sin acostarse? Tengan en cuenta que no soy ningún niño y cuando no he venido en toda la noche, mis motivos habré tenido para ello.

ROQUE. No... pero... si yo estaba tranquilo.

ANDRES. ¡Tranquilo! ¡Y no se ha acostado en toda la noche!

ROQUE. ¡Sí, señor; tranquilo! Y si no me he acostado, ha sido... por no dejar á esta sola, y... porque no tenía sueño, eso es.

ANTONIA. ¡No tenía sueño y hace un momento estaba dormido!

ROQUE. ¡Qué charlatana eres! Bueno, no me he acostado... porque no me ha dado la gana, ea, para eso soy mayor de edad.

ANDRES. Bueno, bueno, basta; no hay que enfadarse por eso. Ahora á la cama, que aún puede dormir un ratito.

ROQUE. ¡Acostarme sin saber el motivo de tu tardanza! Eso sí que no.

ANDRES. Pero, padre, si no ha tenido importancia.

ROQUE. Aunque no la tenga, yo quiero saberlo.

ANDRES. Bueno, yo se lo contaré á Antonia y ella se lo dirá á usted en cuanto se levante. Pero ahora á descansar un rato. (Le hace una seña á Antonia para que se lo lleve.)

ANTONIA. Sí, padre, sí; yo se lo contaré á usted.

ANDRES. Acompáñale, Antonia.

ANTONIA. Vamos, padre.

ROQUE. ¿Me lo dirás todo, Antonia; todo?

ANTONIA. ¡Sí, padre, todo!

(Mutis el Tío Roque y Antonia, primera izquierda.)

ESCENA III

ANDRÉS solo

ANDRES. ¡Dios mío, qué compromiso! ¿Qué le digo ahora?... ¿Cómo justifico la falta de esta noche?... ¡Yo le diría la verdad... y... tal vez me perdonara!... Pero... ¿Y si no me lo perdona? ¿Y si por decírselo tenemos que vivir con violencia?... No, no, estoy decidido; callaré y que decida el tiempo. La quiero demasiado para hacerla vivir intranquila. (En este momento se oye la voz de GINÉS que simula pasar cerca de la casa.)

GINES. ¡Uno, dos, tres; cuatro! ¡Uno, dos, etc., etc....

ANDRES. ¡Oh, qué idea! (Llamándole por la reja.) ¡Ginés! ¡Ginés! Este puede salvarme.

ESCENA IV

DICHO y GINÉS

(Este va en mangas de camisa y con un pequeño kepis, que lo mismo puede ser de militar, que de músico de pueblo.)

GINES. (Cuadrándose militarmente en la puerta del foro.) ¡Presente!

ANDRES. Pasa, pasa.

GINES. (Con énfasis cómica.) ¿Qué ocurre? ¿Necesitas de mí? ¿Hay alguna novedad? ¡Habla!

ANDRES Ya empezamos con tonterías.

GINES. ¡Lo de siempre! Tonterías, porque me intereso por un hombre que le... para que la...

ANDRES. (Muy seco.) ¡Basta!

GINES. (Más aún.) ¡Bueno!

ANDRES. (Dándole una moneda de dos pesetas.) ¡Toma!

GINES. ¡Huy! (Guardándosela.) ¡Gracias!

ANDRES. (Después de mirar por la primera izquierda.) ¡Oye bien lo que te voy á decir!

GINES. ¿Qué es ello?

ANDRES. (A media voz.) ¡Esta noche!...

GINES. (Id. íd.) ¡Esta noche!...

ANDRES. (Más alto.) ¡Calla!

GINES. (Id. íd.) ¡Callo!

ANDRES. Esta noche la he pasado fuera de casa, y...

GINES. Ya lo sé.

ANDRES. ¡Cómo que lo sabes!

GINES. Como que lo sé.

ANDRES. ¡Que sale Antonia! ¡Vete! Te estás por ahí fuera y cuando ella salga de casa ó yo te llame, entra, que tengo que hablar contigo.

GINES. Pero...

ANDRES. ¡Vete, que sale!

GINES. Es que...

ANDRES. ¡Vete!

GINES. ¡Bueno, bueno! ¡Media vuelta á la izquierda!... ¡Mar!... ¡Un, dos, tres; cuatro! ¡Un, dos, etcétera, etc. (Mutis foro derecha.)

ANDRES. (Subiendo al foro y desde la puerta.) ¡Que no se te olvide!

ESCENA V

ANDRÉS y ANTONIA

ANTONIA. (Saliendo.) ¿Con quién hablas?

ANDRES. (Disimulando.) Con un amigo que pasaba para ir al trabajo.

ANTONIA. ¿Quién es?

ANDRES. No le conoces. (Pausa.) ¿Y el padre?

ANTONIA. Se ha acostado tranquilo cuando le aseguré que entraría á contarle lo que tú me digas. Conque, ¿qué le digo cuando se levante? (Pausa) ¿No me contestas? ¿Por qué no has venido? ¿Dónde has pasado la noche? ¿Por qué no has mandado un recado como otras veces?

ANDRES. Pero... si mandé un recado para que no estuvieses intranquila.

ANTONIA. ¿Con quién?

ANDRES. Con... Ginés, el tonto.

ANTONIA. Pues no vino.

ANDRES. Me extraña mucho que...

ANTONIA. Andrés, á tí te pasa algo, algo grave que me ocultas y que quiero saber. ¡Dímelo! ¡Te lo suplico! ¡Por lo que más quieras! (Con emoción.) ¡Por el cariño que te tengo! ¡Dímelo, Andrés! ¿Dónde has estado?

ANDRES. Antonia... es que se trata de un amigo, que... que tenía precisión de ir á un sitio, y como está enfermo... me suplicó que fuese por él; ya en el camino me encontré al tonto y le dije que viniera á avisaros, y según dices, no ha venido. (Todo esto con bastante turbación.)

ANTONIA. ¿Qué amigo es ese?

ANDRES. (Con dignidad.) ¡Antonia! Esto es dudar demasiado, porque lo que tú haces no es preguntar como esposa, es interrogar como juez. Pero mírame á la cara y verás en ella la tranquilidad de siempre, y eso te demostrará que aunque he pasado la noche fuera de casa ha sido por algo, que no debe turbar nuestra tranquilidad ni nuestro cariño. (Todo este diálogo con mucho calor hasta la entrada del dúo, para que éste resulte valiente.)

ANTONIA. Ahora no se trata de nuestro cariño, se trata de nuestra confianza y tú no la tienes conmigo.

ANDRES. ¡Pero...!
ANTONIA. (Con decisión.) ¿Dónde has estado, Andrés?
ANDRES. ¡Qué terca eres!
ANTONIA. Todo lo que quieras, pero quiero saberlo.
ANDRES. (Con dignidad.) No te lo puedo decir.
ANTONIA. ¿No? ¡Pues yo lo sabré! (Movimiento como para marcharse.)

MÚSICA

ANDRES. ¿Qué intentas, Antonia?
ANTONIA. Ahora lo verás. (Cogiendo un pañuelo de crespón que tendrá en el foro, sobre una silla.)
ANDRES. Piensa lo que haces.
ANTONIA. Nada he de pensar.
En vela la noche
llorando pasé,
callada y sufrida
tu vuelta esperé,
y en vano pregunto
quién de mí te aleja.
ANDRES. Te juro que al alma
me llega tu queja.
ANTONIA. Pues habla y no dudes,
para qué sufrir.
ANDRES. En vano lo intentas,
Nada he de decir.
ANTONIA. Por tí, la discordia
nace entre los dos;
dime lo que ocultas,
júralo, por Dios.
ANDRES. Por Él te aseguro
que inocente soy,
que el día que pueda
diré donde voy.
ANTONIA. El alma me dice
que ya no eres mío.
ANDRES. Te engañan las pruebas,
al tiempo confío.
ANTONIA. Ya que receloso,
sin razón, discreto,
tienes un secreto
para tu mujer;
yo haré que me digan
donde tú te hallas,
lo que tú te callas
pronto he de saber.

ANDRES. Haz, pues, la experiencia,
que de mi inocencia
te has de convencer.

ANTONIA. Yo haré que me digan
donde tú te hallas,
lo que tú me callas
pronto he de saber.

ANDRES. Calma y espera,
que el tiempo dirá.

ANTONIA. Quiero al momento
saber la verdad.

ANDRES. Calma y espera.

ANTONIA. Digo que no. (Pequeña pausa.)

ANDRES. Haz lo que quieras, al fin.

ANTONIA. Guárdete Dios.

(Hace mutis por el foro izquierda. Andrés sube para mirar por dónde se marcha, y durante los últimos compases de música, dice lo siguiente:)

ANDRES. ¡Antonia! ¡Antonia! ¡Va corriendo como una loca, pero será inútil, porque nadie sabe ni una palabra! (Bajando.) ¿Por qué he de ser tan cobarde? ¿Por qué no le confieso la verdad para que acabe esta situación violenta? ¡Dios mío! ¿Hasta cuándo va á durar esto? (Cae desplomado sobre la mesa, coincidiendo con los últimos acordes de la orquesta.)

ESCENA VI

DICHO y GINÉS (foro derecha.)

HABLADO

GINES. (Desde dentro.) ¡Uno, dos, tres; cuatro! ¡Uno, dos, tres, etc...

ANDRES. (Se levanta, y aparentando tranquilidad, pasa á la izquierda de la escena.) ¡Ya está aquí!

GINES. (Cuadrándose en la puerta del foro.) ¡Presente!

ANDRES. Pasa, hombre, pasa.

GINES. (Entrando.) ¡Uno, dos, tres; cuatro! ¡Descansen... ar!... (Hace los movimientos como si llevase un fusil, procurando que resulten cómicos.)

ANDRES. Siéntate, Ginés, y escucha atento.

GINES. (Sentándose.) Ya estoy sentado. (Andrés se sienta también.)

ANDRES. Fíjate bien en lo que te voy á decir.

GINES. (Volviendo un poco la silla hacia Andrés.) Ya estoy *fijado*.

ANDRES. Anoche te encontré, y...

GINES. ¿Que anoche me encontrastes?

ANDRES. No, hombre, no.

GINES. ¡Como dices!...

ANDRES. Atiende bien.

GINES. ¡Ah, ya, vamos! Se trata de una mentira. ¿No es eso?

ANDRES. Sí, de una mentira, pero no tiene importancia.

GINES. No me gustan las mentiras, pero si es en beneficio tuyo, venga, diré todas las que quieras.

ANDRES. Gracias.

GINES. No hay de qué, habla. ¿Qué es ello?

ANDRES. Verás. Anoche te encontré y te dije que vinieras á decir que yo no vendría á casa en toda la noche.

GINES. ¡Conforme!

ANDRES. ¿Conforme... qué?

GINES. ¡Que-con-for-me! ¡Que tú me lo digistes y á mí se me olvidó! ¿No es eso?

ANDRES. ¡Eso es!... ¡Muy bien!

GINES. ¡Ya ves! ¡Ya ves si adelantamos los *tontos*, comprendemos las cosas antes que los *listos*.

ANDRES. Bueno, que no se te olvide.

GINES. No se me olvidará. ¡Pero sí que fué una lástima!

ANDRES. ¡Lástima!... ¿De qué?

GINES. De que tú no me vieses, ó que yo no te llamara.

ANDRES. Pero... ¿Que tú me vistes?

GINES. Ya lo creo... como otras muchas veces.

ANDRES. (Alarmado.) ¡¡Tú!! ¿Que tú me has visto?... ¿Por dónde?

GINES. Por una vereda que hay á la izquierda del arrabal que conduce á un sitio que yo frecuento mucho, y como por ese sitio transita poca gente, individuo que pasa, individuo que *filo*. Conque ya ves, ya ves; si te habré visto veces.

ANDRES. (Aparte.) A ver si alguien me ha descubierto... (A Ginés.) ¿Y conoces á alguien más de los que pasan por allí?

GINES. A dos ó tres trabajadores que van á sus quehaceres, y á ese bicho de Don Blas he visto también algunas veces.

ANDRES. No hables mal de nadie, Ginés.

GINES. No hagas caso. Lo que dicen los *tontos* no tiene importancia.

ANDRES. ¿Y á dónde va Don Blas por esos sitios?
GINES. ¡Qué sé yo!... Puede que á su hacienda, que está á cosa de una legua de ese sitio.
ANDRES. (Aparte.) ¡Demonio; si habrá descubierto!... (A Ginés y con mucha intención.) Oye, Ginés... ¿Y no has visto nunca á dónde me dirijo?
GINES. No; porque me tienen prohibido que pase de cierta senda.
ANDRES. ¿Por qué?
GINES. Porque... No, no te lo digo porque... (Confidencialmente.) ¡Porque es un secreto!
ANDRES. ¿Es que no tienes confianza conmigo?
GINES. Ya lo creo... pero...
ANDRES. Anda, habla, que yo te prometo guardarte el secreto.
GINES. ¿No se lo dirás á nadie?
ANDRES. A nadie.
GINES. ¿Me lo prometes?
ANDRES. ¡Te lo prometo!
GINES. Bueno, pues verás. A lo largo de esa senda—que tú frecuentas—hay otra más estrecha que conduce á una casita rodeada de almendros y, entre ellos, algunos rosales. En esa casita... (Transición.) Pero no dirás á nadie nada, ¿eh?
ANDRES. (Con impaciencia.) ¡Sigue!
GINES. Sigo. En esa casa vive una viejecita que quería mucho á mi madre y que no la olvida nunca, porque murió en su casa y en sus brazos. ¡Pobre madre mía! (Se le humedecen los ojos al recordar á su madre.)
ANDRES. Vamos, Ginés, que puede venir alguien.
GINES. (Muy natural.) Lo dejaremos para mañana.
ANDRES (Seco.) ¡No! ¡Quiero saberlo ahora! ¡Sigue!
GINES. Sigo. Pues... con esa vieja, sabes... vive una joven muy hermosa. Pues bien, esa joven es... es mi novia.
ANDRES. (Con asombro.) ¡¡Cómo tu novia!!
GINES. ¡Sí, mi novia, mi novia! ¿Que no puede ser?
ANDRES. Sí, pero...
GINES. Ahora, que te participo una cosa. (Con misterio.) Ella no sabe nada.
ANDRES. ¿Cómo que no sabe nada?
GINES. ¡Claro! ¡Me lo ha dicho la vieja, que me quiere mucho!
ANDRES. ¿Te ha dicho la vieja que te quiere mucho la joven?
GINES. ¡Noooo!... La que me quiere mucho es la *vieja*,... por eso me ha dicho que la *joven* es novia mía, porque también me quiere algo;. . por

eso te digo que la *joven* no sabe nada,... pero que si la *vieja* fuese *joven*, también sería mi novia... Ahora, que sería más novia la *joven* que la... ¡digo!... ¡no!... La *vieja* que la... ¡huy!... tampoco. Nada, que me he hecho un lío, por ser tú un torpe.

ANDRES. ¿Y cuándo hablas con tu novia?

GINES. Todos los días, de tres á cuatro de la tarde. Pero nunca hablo con la *joven*, siempre hablo con la *vieja*.

ANDRES. Entonces, ¿cuántas veces la has visto?

GINES. ¡Dos!

ANDRES. ¿Dos, nada más?

GINES. ¡Sí, dos! El día que me declaré... que tampoco hablé con ella, porque estaba en un rincón así. (Mueve las manos como si hiciera media.)

ANDRES. (Con ansiedad.) ¿Temblando?

GINES ¡No! ¡Cá! ¡Haciendo *media!*... Y ayer tarde, que la estuve viendo una hora, pero que tampoco pude hablar con ella, porque la entró un mal muy fuerte y se quedó sin poder hablar. ¡Qué susto me llevé y... qué hermosa estaba!

ANDRES. ¿Y tú que hicistes?

GINES. ¿Que qué hice yo?... Pues asustarme... ¿te parece poco?

ANDRES. (Con gran interés.) ¿Y no fué nadie á verla?

GINES. ¡Cá...! Conque casi me pega la vieja porque yo quería ir á buscar al médico.

ANDRES. (Aparte.) ¡Pobre mujer! ¡Qué bien cumple su cometido! (Alto á Ginés.) ¿Y no sabes cómo se encuentra?

GINES. Esta tarde lo sabré, pues ya te he dicho antes que no puedo ir más que de tres á cuatro. Pero yo, sin que ellas lo sepan, paseo por los alrededores por si les ocurriese algo. ¡Como son dos mujeres solas...!

ANDRES. (Con emoción.) ¡Y tú las defenderías! ¿Verdad, Ginés?

GINES. ¿Que si las defendería?... ¡Ay!... ¡Me has matado con esa duda. (Muy sentido, pero en cómico.) ¡Si perdería la vida por ellas! ¡No ves que se trata de mi novia y de una amiga de mi madre!

(Se levanta Andrés medio llorando y le abraza con efusión.)

ANDRES. ¡Gracias, Ginés, muchas gracias!

GINES. (Con asombro.) ¡Gracias! ¿De qué?

ANDRES. (Queriendo disimular.) No... de nada. ¡Es que estoy orgulloso de... tener un amigo tan valiente!

GINES. ¿Y por eso lloras?

ANDRES. (Rápido.) ¿Quién ha dicho que yo lloro?

GINES. (Seco) ¡Nadie! (Vuelve la cara cómicamente hacia la derecha como si hubiese alguien) ¡A ver!... ¿Hay alguien que.. ? ¿Ves?... ¡Nadie, nadie ha dicho una palabra!

ANDRES. Cuando empiezas con tonterías, ¡qué pesado te pones! (Pasa por delante dándole á Ginés un pequeño empujón) ¡Voy á echarme un rato! ¡Si preguntan por mí dí que no estoy! (Hace mutis por la primera derecha y cierra con ímpetu).

ESCENA VII

GINÉS, solo

GINES. (Después de una pequeña pausa) ¡Vaya usted con Dios!... ¡Pero qué genio tiene este Andrés! ¡Ríe, llora, abraza, pega y se encierra; todo al mismo tiempo! Pero... vamos á ver—¿Por qué lloraría?—¿Qué tendrá que ver con *La casa de los Almendros*, que tanto le ha emocionado? (Medita un poco) ¡Aquí hay misterio! (Vuelve á meditar) ¡No! ¡Aquí no hay misterio! Lo que pasa es, que le habrá interesado — como á mí — por tratarse de dos mujeres que viven solas!... En fin, sea lo que sea, yo lo averiguaré esta tarde. Ahora á recorrer el *distrito* (con énfasis cómica) que para algo soy militar (colocándose á la izquierda del escenario, junto á la batería) ¡Marchen, mar!... ¡Uno, dos tres; cuatro! ¡Derecha... deré! (Marcando el mutis hacia el foro) ¡Uno, dos, tres; cuatro! ¡Uno, dos, tres; cuatro! (Llega á la puerta del foro en el preciso momento que aparece DON BLAS. Ginés, al verle, se cuadra militarmente, colocándose hacia la izquierda, de perfil á la puerta, diciendo:) ¡Alto!... ar!... ¡Presenten, armas! (Lo hace como si tuviese el fusil en la mano, mientras tararea algunos acordes de *La Marcha Real*. Don Blas va entrando en escena con visible nerviosidad.)



ESCENA VIII

GINÉS y DON BLAS

(Este es el prototipo de prestamís de pueblo. Viste traje oscuro de americana y sombrero negro.)

D. BLAS. ¡Ya empezamos con burlas!
GINES. ¡Ah! ¿Conque tocarle *La Marcha Real* es burla? ¡Pues si le tocara el *Himno de Riego*. (Acción de pegar sin que Don Blas lo vea.) ¿Qué pasaría?
D. BLAS. ¡Ea! ¡Basta! ¡Fuera de aquí, granuja!
GINES. (Con sorna.) ¿Es usted... el amo de casa?
D. BLAS. ¡Como si lo fuera! Pues te consta, que soy íntimo amigo de Andrés.
GINES. (Mirando hacia donde éste hizo mutis.) ¡Qué amigos tienes, Benito!
D. BLAS. (Dándole un puntapié.) ¡Toma!
GINES. ¡Cristo!... ¡Cuarenta y siete!
D. BLAS. ¿Es que los llevas contados?
GINES. ¡Claro!... ¡Por si llega el día de la devolución!
D. BLAS. ¡Esto ya es demasiado! (Va hacia él como para castigarle.)
GINES. ¡Eh, eh, eh!... ¡A un *melitar* no se le amenaza!
D. BLAS. ¡Pero se le pega!
GINES. ¡A traición y por la espalda! ¡Nunca cara á cara!
D. BLAS. (Fuera de sí, pero reconcentrado.) ¡Vete, Ginés, vete!
GINES. ¡Cuando se me suplique!
D. BLAS. (Con nerviosa resignación.) ¡Todo sea por Dios! ¿Quieres hacer el favor de marcharte?
GINES. ¡Esto ya es otra cosa! ¡Al momento! (La misma operación que antes, pero esta vez en el lado derecho.) ¡De frente... mar! ¡Uno, dos, tres; cuatro! ¡Izquierda... izquier! ¡Uno, dos, tres; cuatro! (En el mismo tono que el ¡uno, dos, tres; cuatro!) ¡Hasta de aquí-un-ratito! ¡Uno, dos, tres; cuatro! ¡Uno, etcétera, etc... (Mutis foro izquierda y sigue cantando hasta que se pierda la voz. Don Blas sube al foro para verle marchar, mientras dice:)
D. BLAS. ¡Anda con Dios, que esto será hasta el día que yo me canse! (Vuelve maquinalmente la cabeza hacia el foro derecha, y dice, como contestando á un saludo:) ¡Muy buenos!—¿Queréis entrar á fumaros un cigarro?—Es cuestión de un momento. (Bajando.) Estos me pueden servir para el plan que tengo.

Lorente
Benito

ESCENA IX

DON BLAS, GILDO y BASTIÁN

(Estos son dos campesinos de pura cepa, tan buenos como simples, y esto lo son bastante.)

LOS DOS. (Desde la puerta del foro.) ¡Buenos días!
D. BLAS. ¡Pasad, pasad!
BASTIAN. Con su permiso.
D. BLAS. Sentaos.
BASTIAN. Con su permiso. (Se sienta.)
GILDO. Con su permiso. (Se sienta también en una silla baja)
D. BLAS. (Después de sentarse á la izquierda de ellos. Bastián queda en medio.) ¡Tomad! (Les da un cigarro puro á cada uno.)
BASTIAN. ¡Muchas gracias!
GILDO. ¡Muchas gracias!
BASTIAN. (Después de contemplar el cigarro.) Si á usted le parece, me lo guardaré *pa* después que coma.
D. BLAS. Sí, hombre; como quieras. Toma ahora uno de papel. (Se lo da.)
GILDO. (Este ya le iba á cortar la punta para fumárselo, pero al ver que le da uno de papel á Bastián, desiste y se lo guarda, diciendo:) ¡Yo también me lo guardaré, si á usted le parece!
D. BLAS. ¡Sí, hombre, sí; siempre hace más provecho después de la comida. (Después de encender los tres el cigarro.) Conque, ¿qué hay de nuevo?
BASTIAN. Nada de particular, mucho trabajo...
GILDO. ¡Y poco dinero, Don Blas!
BASTIAN. ¡Calla!
D. BLAS. Déjalo, que después de todo tiene razón. Los jornales están muy cortos... y... claro...
GILDO. Eso digo yo... y... claro... no podemos comer.
BASTIAN. ¿Pero te quieres callar? ¡No parece si no que vengamos á pedirle algo!
GILDO. Si él lo quiere dar... ¿por qué no?
D. BLAS. Bueno, bueno, basta; dejaros de tonterías y vamos á lo mío.
BASTIAN. Usted dirá.
D. BLAS. (Después de investigar la escena con la mirada y bajando un poco la voz.) ¿Tenéis algo que hacer esta noche?
BASTIAN. Después del trabajo, nada.
D. BLAS. (Confidencialmente.) ¿Queréis ganaros dos duros?
BASTIAN. ¡¡Dos duros!!

GILDO. ¡¡Ya lo creo!!
BASTIAN. ¡Bueno! ¿Y qué hay que hacer?
D. BLAS. Poca cosa. Pero antes me tenéis que prometer no decir á nadie ni una palabra de lo que yo os diga. Y si cumplís bien mi encargo, en vez de dos duros para los dos, serán dos para cada uno. Conque... ¿qué os parece?
BASTIAN. Bien. Pero... ¿qué es ello?
D. BLAS. Ya sabéis que yo soy muy amigo de Andrés.
BASTIAN. Si señor.
D. BLAS. (En voz muy baja) Pues bien; tengo sospechas de que su mujer le engaña.
BASTIAN. ¡Que Antonia engaña á su marido!
GILDO. (Cómicamente) ¡Qué lástima!... ¡Tan bueno como es!
D. BLAS. Es que también sospecho que Andrés la engaña á ella.
BASTIAN. ¡Que él también...!
GILDO. ¡Qué lástima! ¡Tan guapa como es!
BASTIAN. ¡Calla!
GILDO. ¡Bueno!
BASTIAN. ¿Y en qué se funda usted, Don Blas, para creer esas cosas?
D. BLAS. Pues me fundo... en que casi todos los días sale Andrés de casa cuando anochece y no vuelve hasta cerca de las diez, y algunas noches más tarde... (Pequeña pausa para ver el efecto que les produce) Yo creo que sé dónde tiene el nido, pero como no lo sé cierto, quiero averiguarlo.
BASTIAN. (Mirando á Gildo.) ¡Qué cosas pasan!
GILDO. ¡¡Oh!! (A éste no se le ocurre otra cosa.)
D. BLAS. Y también creo, que muchas de esas noches, aprovechando la ausencia de Andrés, hay quien habla con Antonia por la reja.
BASTIAN. (A Gildo.) ¡Rediez!...
GILDO. ¿Eh?...
BASTIAN. ¡Que... rediez!
GILDO. ¡Ah!... ¡Bueno, bueno!
BASTIAN. ¿Y qué es lo que usted quiere que hagamos nosotros?
D. BLAS. Pues lo que yo quiero es lo siguiente: Que mientras yo averiguo el nido de Andrés, os encarguéis vosotros de ver si es cierto lo de la reja.
BASTIAN. ¿No es más que eso?
D. BLAS. Nada más.
BASTIAN. Pues conformes.
GILDO. Ya lo creo. Vengan los dos duros.

D. BLAS. No, ahora uno, como este. (Les da un duro á cada uno.) Y mañana, si habéis cumplido bien mi encargo, os daré otro... y tal vez algo más. Pero os encargo mucha discreción.

(Mientras Don Blas mira con recelo la puerta de la izquierda, dicen con rapidez lo siguiente:)

GILDO. ¿Qué ha dicho?

BASTIAN. Que eres muy bruto.

GILDO. Pero, ¿me dará el otro duro?

BASTIAN. ¡Sí, hombre; sí!

GILDO. ¡Ah, bueno, bueno!

D. BLAS. Conque ya lo sabéis. Esta noche, de ocho y media á nueve, venís á mirar á esa reja, y si por desgracia hay alguien hablando con Antonia... y queréis contarlo á alguno del pueblo... por mi... no hay inconveniente, al fin y al cabo se ha de saber... pues cuanto antes mejor, con el fin de que Andrés sepa á qué atenerse.

BASTIAN. (Muy convencido.) ¡Ya, ya, ya!...

GILDO. (Id. íd) ¡Sí, sí!...

D. BLAS. Pero por cuenta vuestra, ¿eh?; no pronunciar mi nombre absolutamente para nada, que yo sabré quedar bien con vosotros.

BASTIAN. ¿Nada más?

D. BLAS. Nada más. (Se levantan todos.)

BASTIAN. Bueno, pues hasta mañana.

D. BLAS. Hasta mañana. (Cuando llegan al foro les llama la atención.) ¡Ah! ¡Tomad esta peseta para echar un trago!

BASTIAN. (Tomándola.) ¡Muchas gracias!

GILDO. ¡Muchas gracias!

BASTIAN. (Marcando el mutis.) ¡Qué bueno es este don Blas, verdad Gildo!

GILDO. ¡Ah! ¡Ya lo creo! (Mutis foro derecha.)

ESCENA X

DON BLAS y á poco ANTOÑIA por el foro izquierda

D. BLAS. La cosa marcha. Es de la única manera que yo podría alcanzar algo de Antonia,... habiendo un rompimiento entre los dos,... porque de otro modo, lo veo imposible. (Se oye á GINÉS desde algo lejos con su eterno ¡Uno, dos, tres; cuatro.) ¡Maldita sea tu estampa! ¡Ya tengo el... ¡Uno, dos, tres; cuatro! metido hasta en los huesos! ¡Y que es siempre la mar de inoportuno! (Algo

preocupado.) Es muy posible que haya visto salir de aquí á esa pareja... y si les pregunta algo... ¡Pche! ¡Ya buscarán ellos alguna evasiva (acción de dinero) por la cuenta que les tiene! (En este momento entra ANTONIA muy agitada y sin ver á Don Blas se sienta en la silla que hay junto á la mesa dejando sobre ésta el pañuelo que lleva. Después de una pequeña pausa.) ¡Antonia!

ANTONIA. (Levantándose.) ¡Don Blas! ¡Cuánto me alegro de verle aquí!

D. BLAS. ¿Qué ocurre?

ANTONIA. ¡Ay, Don Blas! ¡Que soy muy desgraciada! ¡Que creo que Andrés me engaña!

D. BLAS. (Fingiendo extrañeza.) ¡Que Andrés te engaña!

ANTONIA. ¡Sí, sí, me engaña!

D. BLAS. ¡Vamos, vamos, tranquilízate, ten calma y cuéntame lo que te pasa! (Con mucha intención) ¡Ya sabes que soy un buen amigo tuyo!

ANTONIA. ¡Ya lo sé, Don Blas, ya lo sé!

D. BLAS. Pues si lo sabes, ¿á qué aguardas? ¡Anda!... ¡Cuenta!... ¿Qué es lo que ocurre?

ANTONIA. (Como haciendo un esfuerzo) ¡Pues ocurre, que Andrés ha pasado la noche fuera de casa y por más que he insistido no me ha dicho nada que pudiera tranquilizarme! ¡Yo, desesperada, me he acercado á la entrada del pueblo, donde tengo unas amigas, con el fin de averiguar algo, pero ha sido inútil, no he podido saber nada, Don Blas, nada... nada!... (Se sienta llorando, y apoya la cabeza sobre la mesa. Pausa.)

D. BLAS. (Acercándose hacia ella.) ¡Antonia!... ¡Tranquilízate... y escucha dos palabras!

ANTONIA. ¿Sabe usted algo?

D. BLAS. (Con disimulada hipocresía.) ¡Sí, Antonia, sé algo y... más que algo!

ANTONIA. (Levantándose.) ¡Hable usted, Don Blas! ¡Hable usted; por lo que más quiera!

D. BLAS. ¡Chist!... ¡Baja la voz, que podían oirnos y no quiero que sepan que yo!... (Casi al oído.) ¿Tú me juras no decir á nadie que yo te he dicho ni una palabra?

ANTONIA. ¡Sí, sí; se lo juro!

D. BLAS. ¡Pues bien, Antonia; tu marido te engaña!

ANTONIA. ¡Ay, Virgen Santa!... ¡Luego es cierto lo que presentía!

D. BLAS. ¡Sí, Antonia, cierto!

ANTONIA. (Después de una pequeña pausa y muy decidida.) ¿Dónde vive esa mujer que me roba el cariño de mi esposo?

D. BLAS. (Muy cerca de ella y casi al oído.) ¡En las afueras del arrabal!

ANTONIA. ¡Ah... infame!...

D. BLAS. (Siempre con recelo.) ¡Por Dios, no grites, que podían oirte!... ¡Ya sabes que me has jurado guardar el secreto!

ANTONIA. (A media voz.) ¡Sí, todo lo que usted quiera! Pero... ¿en qué casa vive esa mujer?

D. BLAS. Eso lo sabré esta tarde.

ANTONIA. (Con ansia.) ¿Y me lo dirá usted?

D. BLAS. A la noche.

ANTONIA. ¿Cómo?

D. BLAS. Saliendo á esa reja á las nueve, aprovechando la ausencia de Andrés.

ANTONIA. ¡A la reja!... ¿Pero está usted loco?... ¿No comprende usted que si alguien nos viese podría sospechar...?

D. BLAS. Es cuestión de un momento. Llego, doy un golpecito, sales, te lo digo y me voy. Yo creo que el saber dónde vive la mujer que te roba el cariño de tu esposo, bien vale ese pequeño sacrificio... si es que á eso se le puede llamar sacrificio... ¿Saldrás Antonia? (Pausa.)

ANTONIA. (Luchando consigo misma.) ¿Y por qué ese empeño en que sea por la reja?

D. BLAS. No es empeño. Es que no veo otro medio para que lo sepas lo antes posible y sin que sepan que yo te lo he dicho... Ya sabes que me has jurado callarlo... ¿Saldrás, Antonia?

ANTONIA. (Después de meditarlo un poco.) ¡Saldré! (En este momento Don Blas la coje la mano que ella retira con dignidad pero sin gran violencia, diciendo con asombro:) ¿Qué hace usted, Don Blas?

D. BLAS. ¡Nada!... ¡Quería estrecharte la mano en prueba de amistad, de una amistad sincera!

ANTONIA. ¡Sí, pero...!

D. BLAS. ¡Tonta! ¡Pero... si no nos ve nadie! (Ella vuelve la cabeza hacia la derecha mirando con recelo. Don Blas se aprovecha y le coje la mano, y al ir á estrecharla la cintura, se oye la voz de GINÉS, por el foro derecha, con su eterno ¡Un, dos, tres; cuatro!, etc., etc.)

ANTONIA. (Retirándose sobresaltada hacia la derecha.) ¡El tonto!

D. BLAS. (Lo mismo, hacia la izquierda.) ¡Mal rayo lo parta!

ESCENA XI

DICHOS y GINES foro derecha

GINES. (Entra cantando desde la calle y sin ver á Don Blas.) ¡Un, dos, tres; cuatro! ¡Uno, dos,...! ¡Hola Antonia! ¿Qué hay de nuevo?

ANDRES. Nada de particular.

GINES. ¿Nada de particular? Me alegro.

ANTONIA. ¡Ah! ¡Oye, Ginés!... ¿No te dieron anoche un recado para mí?.

GINES. (Rápido.) Sí, pero se me olvidó. (Aparte.) ¡Qué bien he contestado!

D. BLAS. (Con intención.) ¡Es raro, porque *Ginesillo* tiene buena memoria.

GINES. ¡Hola! ¿Aún está usted aquí, Don *Blasillo*? (Don Blas da media vuelta y se pone á pasear algo nervioso.)

ANTONIA. No gastes bromas con un hombre que puede ser tu padre. (Sigue la nerviosidad en Don Blas y sigue el paseo.)

GILDO. ¿Padre?... ¡Cá! ¡Este no puede llegar más que á tío! (Más nerviosidad y más paseo.)

ANTONIA. Bueno, déjate de bromas y contesta. ¿Qué es lo que Andrés te tijo? (En este momento aparece ANDRES que se cubre con la cortina para no ser visto.)

GILDO. Pues... me dijo... que...

ANTONIA. (Con marcada intención.) ¿También se te ha olvidado, verdad?

GILDO. ¡No es que se me haya olvidado!... Es que... como la...

D. BLAS. No te turbes.

GILDO. (Rápido.) ¡Cállese y no interrumpa!

D. BLAS. Pero hombre, si es que...

GILDO. (A Antonia.) ¡Tú ves; no me deja hablar!

ANTONIA. ¡Lo que veo es que sois tal para cual! ¡El uno, engañándome, y el otro, encubriéndole!

ESCENA XII

DICHOS y ANDRES, y á su tiempo el TIO ROQUE

ANDRES. (Presentándose.) ¡Basta, Antonia! ¡Basta ya de insultos y de desconfianzas! ¡Esto ya es dudar demasiado!

ANTONIA. ¡Ah! ¿Conque estabas escuchando?

ANDRES. ¡Sí! ¡Estaba escuchando, para oir como me desgarraba el alma con tus dudas!

ANTONIA. ¡Ojalá fueran dudas! ¡Tengo la seguridad de que me engañas!

ANDRES. ¿Que yo te engaño?... ¡Antonia, yo te juro!...

ANTONIA. ¡No finjas, Andrés, que lo sé todo!... (Don Blas tose para llamarle la atención. Ginés no pierde ningún detalle.) ¡Me lo han dicho en el pueblo!

ANDRES. Pero... ¿qué te han dicho?

ANTONIA. ¡Que tienes amores con otra mujer!...

ANDRES. ¡Falso! ¡¡Falso!!

ANTONIA. ¡Y que esa mujer vive en las afueras del arrabal!

(Andrés, al oir esto, se inmuta, pero se repone en el acto. A Don Blas se le nota la desazón y visible nerviosidad. Ginés contempla la escena con gran interés, pero procurando no hacer nada que pueda distraer al público.)

ANDRES (Con desesperación.) ¡Dime el nombre del canalla que te ha contado esa infamia, para tener el gusto de arrancarle la lengua!... ¿Quién es?

GINES. (Muy natural.) ¡Don Blas! (El susto que este recibe es morrocotudo.)

TODOS. ¡¡Eh!!

GINES. ¡Don Blas,... hombre, haga usted el favor!... ¡Usted es el único que puede arreglar estas cosas!

D. BLAS. (Algo repuesto del susto.) ¡Andrés!... ¡Yo creo!...

ANDRES. (Pasando al centro de la escena y diciendo con mucha dignidad:) ¡No, no se moleste usted, Don Blas, porque estos asuntos no los puede ventilar nadie, absolutamente nadie, más que el interesado!

D. BLAS. ¡Bueno!... ¡Como quieras!

ANDRES. ¡Y tú, Antonia, por favor te lo pido! ¡Dime el nombre de ese canalla!

ANTONIA. ¡Cuando tú me digas dónde pasaste la noche!

ANDRES. ¡Ea! ¡Esto ya es demasiado! ¡O me dices quién te ha contado esa infamia (Fuera de sí.) ó te obligaré á la fuerza.

ANTONIA. Pues no lo sabrás.

ANDRES. ¿No? ¡Lo veremos! (Se abalanza hacia Antonia con la mano en alto para castigarla. Ginés, que está apercibido, le sujeta el brazo.)

TODOS. ¡¡Andrés!!

ANTONIA. (Al ver aparecer al TIO ROQUE en la primera izquierda, pasa corriendo por delante de todos para caer en sus brazos.) ¡Padre!

D. BLAS. (Al pasar Antonia, le dice con rapidez:) ¡Silencio!

ANTONIA. (Abrazándole.) ¡Padre! ¡Padre mío! (Todos estos vocadillos hay que decirlos con toda la rapidez posible.)

ROQUE. ¿Qué es esto?... ¿Qué pasa?

ANTONIA. ¡Que Andrés me engaña, padre! ¡Estoy segura!

ROQUE. Pero... ¿qué dices?

D. BLAS. (Algo azorado.) ¡Calma, Antonia!

ANDRES. (Cayendo desplomado en la silla que hay junto á la mesa.) ¡Dios mío! ¡¡Dios mío!! ¿Por qué consientes que sufra tanto un hombre, por ser honrado?

GINES. (Tocándole suavemente en la espalda.) ¡Don Blas! ¡Eh! ¿Qué tal? ¿Qué le parece á usted el cuadrito?

D. BLAS. (Dándole un fuerte puntapié.) ¡Toma!

GINES. ¡Ay!... ¡Cuarenta y ocho!

CUADRO

Antonia abrazada á su padre. Andrés llora reclinando la cabeza sobre la mesa y ocultando la cara. Ginés con gesto doloroso y Don Blas contemplando su obra. Fuerte en la orquesta y telón rápido.

INTERMEDIO MUSICAL Y MUTACION



CUADRO SEGUNDO

Alrededores de la casa de Andrés, á todo foro; la casa á la izquierda. En segundo término reja practicable, al lado de ésta, hacia el foro, un poyete ó ferma donde se pueda ocultar un hombre. Es noche clara, pero sin luna.

ESCENA PRIMERA

GINÉS por último término izquierda, pensativo, diciendo maquinalmente y á media voz su eterno ¡Un... dos... tres...! etc., etc.

GINES. Nada, no puede ser, no puede ser y... no puede ser. La puerta cerrada, la reja cerrada, todo cerrado. ¡Antes tanta alegría en esta casa, y ahora!... Pero señor... ¿quién será el causante de todo esto? (Metiéndose maquinalmente las manos en los bolsillos.) ¡Con qué gusto daría todo lo que tengo por averiguarlo! (Sacando dos pesetas.) ¡Huy!... ¡Dos pesetas! ¿De quién serán estas dos pesetas? (Pausa.) ¡Ah, sí! ¡Las que me ha dado Andrés esta mañana!... ¡Y á propósito de esta mañana! ¿De qué tratarían con Don Blas, Gildo y Bastián, (todo esto muy meditado) que al salir éstos de casa de Andrés tan preocupados iban que no me vieron?... ¿Y por qué dirían al pasar por delante de mí: «Dos duros por venir á mirar esta noche á la reja?...» ¡Por venir!... ¡Por venir!... ¡Luego se trata de esta reja!... ¡Ay, Don Blas, Don Blas, Don Blas!... (Mirando hacia la derecha.) ¿Quién viene por allá?... ¿Serán ellos?... (Fijándose mucho). No se distingue con la obscuridad de... pero, calle... si que creo que son ellos... Empiezan las operaciones... De frente, mar... (Va haciendo el mutis de puntillas, volviendo la cabeza de vez en cuando y diciendo en voz baja:) ¡Uno, dos, tres; cuatro!... ¡Uno, dos, tres; cuatro! .. (Queda oculto en la primera izquierda).

ESCENA II

GILDO y BASTIAN por la primera derecha con la estupidez de siempre. Se asoman antes de salir á escena, se agachan un poco, alargan el cuello y dicen después de una pausa:

BASTIAN. ¡No hay nadie!...
GILDO. ¡No hay nadie!...
BASTIAN. ¿Qué hacemos?...
GILDO. Lo que quieras...
BASTIAN. ¿Nos ocultamos?...
GILDO. ¡Bueno!
BASTIAN. ¿Y esperaremos un rato?
GILDO. ¡Bueno, también!...
BASTIAN. ¿Vamos?
GILDO. ¡Vamos!

(Van á ocultarse con mucha precaución y con bastante miedo. Pausa. Cuando están cerca del foro derecha, sale GINÉS por la primera izquierda como rendido por una gran caminata y como si no pudiera hablar del cansancio.)

GINES. (Muy seco.) ¡Buenas noches!
LOS TRES. (Dando un salto asustados.) ¡¡Ay!! (Gildo y Bastián se asustan de la voz de Ginés, y éste, á su vez, de la del ¡Ay! de éstos. Los tres quedan medio ocultos. Pausa.)
LOS DOS. ¿Quién va? (A media voz.)
GINES. ¡Cómo que quién va! ¡Nadie! ¡Soy yo!
BASTIAN. (Algo repuesto, pero con el asombro natural al creer que es él el que va á hablar con Antonia por la reja.) ¡Pero!... ¡¡Cómo!! ¿Eres tú... Ginés?
GINES. ¿Que si soy yo?... ¡Ya lo creo!
BASTIAN. ¡Parece mentira! (Reconviniéndole.) ¿Y qué es lo que te propones?
GILDO. (Cómicamente.) ¡Eso...! ¿Qué es lo que te propones?
GINES. ¿Que qué es lo que me propongo? (Algo turbado.) Pues... hablar con vosotros.
BASTIAN. ¿Hablar con nosotros?
GINES. Si señor... (Yo lo averiguo)... de parte de don Blas.
BASTIAN. (Con asombro.) ¿De parte de Don Blas?
GINES. ¡Chist...! ¡Bajar la voz! (Después de investigar Ginés toda la escena, cómicamente, viene á colocarse á la derecha. Gildo y Bastián le siguen estúpidamente con la mirada. Bastián queda en medio.)
BASTIAN. ¿Y... qué te ha dicho Don Blas que nos digas?
GINES. Pues me ha dicho que os diga... que os que-

déis con los dos duros... y que... (Transición.) ¿No os ha dado dos duros?

BASTIAN. (Muy natural.) ¡Sí.. !

GILDO. (Id. íd.) ¡Sí...!

GINES. Bueno. Pues... que os quedéis con los dos duros, que os marchéis á casa sin hacer nada... y que yo me encargue de todo.

BASTIAN. (Con asombro). ¿Que tú te encargues de todo?

GINES. ¡Si señor! ¡Y que os dé estas dos pesetas para que toméis unas copas!

BASTIAN. ¡Qué bueno es este Don Blas! ¿Verdad, Gildo?

GILDO. ¡Ya lo creo! ¡Vengan las dos pesetas!

GINES. ¡Tómalas!

BASTIAN. ¡Vengan! (Gildo se le queda mirando.)

GINES. ¡Ah! ¡Y que no os acerquéis á él para nada! ¡Si quiere algo, ya me lo dirá para que yo os lo diga!

LOS DOS. ¡Bueno, bueno!

GINES. Pero... *¡Miá* que tenéis suerte! ¡Dos duros por no hacer nada!

BASTIAN. Porque Don Blas quiere que lo hagas tú.

GILDO. ¡Eso es!

GINES. ¡Puede que lo haya pensado mejor... y no quiera que paséis la noche sin dormir!

BASTIAN. ¡Cómo la noche sin dormir!...

GINES. ¡Claro!...

BASTIAN. Pues no es eso lo que nos dijo.

GINES. (Ya he metido la pata) ¡A que resulta que yo lo entendí mal! ¡A ver...! ¿Qué es lo que os dijo á vosotros?

BASTIAN. (Muy natural.) Pues nos dijo, que viniéramos aquí de ocho y media á nueve...

GINES. ¡Lo mismo que á mí! (Todo esto confidencialmente.)

BASTIAN. Que miráramos á la reja...

GINES. ¡Lo mismo, lo mismo que á mí!

BASTIAN. Para ver si alguien hablaba con Antonia.

GINES. ¡Caracoles!

LOS DOS. ¡Eh!...

GINES. (Muy seco.) ¡Nada! ¡Lo mismo que á mí!

BASTIAN. Y si viéramos que alguien hablaba con ella, que lo dijéramos á los amigos.

GINES. ¡Qué bandido!

BASTIAN. ¿Qué dices?

GILDO. ¡Bandido Don Blas!

GINES. ¡No, hombre, no! ¡El que venga á hablar con Antonia!... ¡Don Blas!... ¡Vamos, hombre! ¡Si Don Blas es un santo!...

BASTIAN. ¡Ya lo creo!...

GINES. ¡Y un protector de los pobres!...

GILDO. ¡Ya lo creo!...
BASTIAN. ¡Ya ves! .. ¡Por esa tontería nos da á nosotros dos duros!
GINES. ¡Y á mí siete pesetas!
BASTIAN. ¿Siete pesetas?
GINES. ¡Si señor!
GILDO. ¿Todas para tí?
GINES. ¡No señor!... ¡De las siete no son más que dos para mí!
GILDO. ¿Y las otras?
GINES. Para vosotros.
BASTIAN. ¿Para nosotros?
GINÉS ¡Si señor; para vosotros!
GILDO. Y... ¿dónde están?
GINES. ¡Pero, hombre, no seáis brutos! ¿No os he dado un duro?
BASTIAN. ¡No señor!
GILDO. ¡Dos pesetas! (Como asustado.)
GINES. ¡Un duro!
LOS DOS. ¡¡Dos pesetas!!
GINES. A verlas.
BASTIAN. Míralas.
GINES. Vengan. (Le coge la moneda y se la mete en el bolsillo.)
BASTIAN. ¿Y el duro?
GINES. Mañana os lo daré.
LOS DOS. Pero...
GINES. Me lo he dejado en casa.
BASTIAN. ¡Oye, tú! ..
GILDO. ¡Es que!...
GINES. Es que... me he equivocado y en vez de coger el duro he cogido las dos pesetas.
BASTIAN. Pero... ¿nos lo darás?
GINES. Claro, hombre...
GILDO ¿Cuándo?
GINES. Venir mañana á las doce á la taberna del *Chispa*.
GILDO. ¿No nos engañas?
GINÉS. Si desconfiáis de mí, no os doy ni una peseta.
BASTIAN. Bueno, pues hasta mañana.
GINÉS. Hasta mañana.
GILDO. ¡Y trae el duro!
GINÉS. ¡Sí, hombre; sí!
BASTIAN. (Empujándole.) ¡Anda p' alante! (Mutis primera izquierda.)

ESCENA III

GINÉS solo

GINES. (Después de una pequeña pausa.) Pues, señores, no entiendo este misterio. Cuando Don Blas hace venir á esos á mirar á la reja... es... porque espera que venga alguien. Pero... ¿quién será, Dios mío? ¿Quién será...? (Mirando hacia la primera derecha y prestando atención) ¡Contra!... ¡Será el pájaro...! ¡Si...! ¡Alguien parece que se acerca!... ¿Dónde me escondo?. (Corriendo por la escena.) ¿Dónde me escondo?... ¡Aquí, y sea lo que Dios quiera! (Se oculta detrás del poyete ó ferma que hay junto á la reja.)

ESCENA IV

GINÉS oculto; DON BLAS por la primera derecha, y á poco ANTONIA por la reja.

D. BLAS. (Sale con gorra y manta y después de investigar la escena con la mirada—procurando ocultar la cara—se acerca á la reja, da unos golpes muy suaves y después de una pequeña pausa, los repite, un poco más acentuados.) ¡Recontra, pues no estoy temblando!... ¡Y el caso no es para menos!... *Miá* que si no hubiera salido esta noche de casa y en vez de ella saliese Andrés á la reja...! ¡No quiero ni pensarlo!... (Pausa.) ¿Habrán venido esos?... (Repite los golpes pero mucho más suaves por el desfallecimiento que le produce el miedo. Pausa.) ¡Estoy por marcharme! (En este momento se abre la ventana y aparece ANTONIA.)

ANTONIA. ¡Don Blas! ¿es usted?

D. BLAS. Sí, Antonia. Pero... ¿Cómo has tardado tanto en abrir?

ANTONIA. Es que fuí á ver si dormía mi padre. ¡Y qué! ¿Lo sabe usted ya?

D. BLAS. Sí.

ANTONIA. (Con ansia.) ¿Dónde vive?

D. BLAS. En las afueras del arrabal. En una casa que la llaman *La Casa de los Almendros*.

ANTONIA. ¿Conque es cierto?

D. BLAS. ¡Sí, Antonia; cierto.

ANTONIA. ¡Ay, Dios mío de mi alma!

D. BLAS. ¡No grites, Antonia! ¡Ten serenidad! ¡En estos casos hay que tener calma y fingir mucho!

ANTONIA. ¡No sé si podré, Don Blas; no sé si podré!

D. BLAS. Pues hay que hacer un esfuerzo.

ANTONIA. Pero...

D. BLAS. En cambio, yo te prometo,—si tú te callas,—llevarte á esa casa, y entrar en ella cuando se encuentren juntos.

ANTONIA. ¿Me lo promete?

D. BLAS. ¡Te lo prometo!

ANTONIA. ¡Pues callaré y fingiré hasta ese momento, pero... que sea pronto!

D. BLAS. Puede que mañana.

ANTONIA. Pues hasta mañana.

D. BLAS. Sí, que Andrés ya debe estar al caer y si nos sorprendiera se perdería todo.

ANTONIA. ¡Tiene usted razón! ¡Buenas noches!

D. BLAS. ¡Adiós, Antonia! (Antonia cierra la ventana.) ¡Esto es hecho! ¡Mi trabajo me cuesta, pero será mía! (Se emboza en la manta y hace mutis por la primera izquierda.)

ESCENA V

GINES solo y á poco ANDRÉS

GINES. (Saliendo de su escondrijo y remedando á Don Blas cómicamente.) «¡Esto es hecho!... ¡Mi trabajo me cuesta, pero será mía!...» ¡Mentira!... ¡Conque tuya! ¡¡Tuya!! *¡Sardanápalo!*... ¡Que no sé lo que es, pero que debe ser una cosa muy fea! (En este momento aparece ANDRES por la primera derecha, y al oir á Ginés se detiene un momento.) ¡Pero no te saldrás con la tuya!... ¡Hombre ruín!... ¡Viejo hipócrita y asqueroso!

ANDRES. ¿Qué te pasa, Ginés? ¿Con quién hablas?

GINES. (Muy alto.) ¡Con Don Blas!

ANDRES. ¡Con Don Blas! (Con extrañeza.) ¿Dónde está?

GINES. (Como arrepentido de haberle nombrado.) ¡Está... lejos!

ANDRES. ¿Y por qué le decías eso?

GINÉS. (Algo turbado.) Porque... se lo merece.

ANDRES. ¡Porque se lo merece!

GINES. ¡Si señor!

ANDRES. (Entrando en curiosidad.) ¿Tan grave ha sido la cosa?

GINES. ¡Ya lo creo...! ¡Como que hasta que no lo descubra todo no paro!

ANDRES. (Algo intrigrado.) ¿Y qué es lo que has de descubrir?

GINES. ¡Lo que sea! ¡Todas las marañas de ese tío! Porque... ¡Vamos á ver! (Con mucha intención.) ¿De dónde calculas tú que podría venir á estas horas?

ANDRES (Con preocupación.) Qué se yo... Puede que viniese de darle un vistazo á su propiedad.

GINÉS. ¿A su propiedad? ¡Que más quisiera él, que fuese suyo lo que acaba de ver!

ANDRES. (Rápido.) ¿Y qué es lo que acaba de ver?

GINES. Pues... (Buscando salida.) Acaba de verme á mí. ¿Te parece poco?

ANDRES. ¡Milagro, no salieras con tonterías! Entre todos me vais á volver loco.

GINES. ¡Pues mira, haríamos buena pareja!

ANDRES. ¡Déjame en paz!

GINES. ¡Pero!

ANDRES. ¡Que me dejes te digo!

GINES. ¡Bueno, bueno! (Sube al foro, pero va bajando poco á poco mientras Andrés habla.)

ANDRES. (Hablando consigo mismo.) ¿De dónde vendría Don Blas á estas horas?... ¡Es posible que mi Antonia le haya suplicado que me espíe...

GINES. (Aparte.) ¡Pobre Andrés y cómo sufre!

ANDRES. ... y... claro, como buen amigo... habrá seguido mis pasos para averiguar!... ¡Dios mío, habrá descubierto algo!

GINES. Pero... ¿qué te pasa, Andrés?... ¿Es que no tienes confianza conmigo?... ¿Es que...?

ANDRES. (Seco y malhumorado.) ¡Buenas noches! (Mutis por detrás de la casa donde figura estar la puerta, dejando á Ginés con la palabra en la boca.)

ESCENA VI

GINES solo

(Después de una pequeña pausa en la cual ha estado con la boca abierta.) Bueno... ¡Pues señor, no entiendo ni una palabra!... Este (por Andrés) no hace más que sufrir. ¡Don Blas le dice á la Antonia que Andrés tiene una... ¿cómo lo diría yo para...? ¡Ah!... ¡Sí! ¡Una *cuncubina*... y que ésta vive en *La Casa de los Almendros!*... ¡Pero señor... si la que vive en esa casa es mi novia... y no está en condiciones para...! ¡A no

ser que la casa le sirva á Andrés de... ¡Huy, huy, huy!... ¡Esto hay que averiguarlo!... ¡Ya lo creo! ¡Y va á ser ahora mismo!... ¿Y si están acostadas?... ¡Que se levanten! Voy, llamo, averiguo... y si tiene razón Don Blas... ¡Ay de Andrés! ¿Y si Andrés resulta inocente?... Entonces... ¡Ay de Don Blas!

¡Conque manos á la obra!
Ginés, á cansarte un rato!
¡A *Casa de los Almendros!*
¡Derecha! ¡Uno, dos, tres; cuatro!

Hace mutis por la primera derecha, con su eterno ¡Uno dos, tres; cuatro! Fuerte en la orquesta.

TELÓN RÁPIDO Y MUTACIÓN

CUADRO TERCERO

Telón corto de selva. Es la caida de la tarde

ESCENA PRIMERA

DON BLAS y GINES por la izquierda; éste con mucho misterio.

D. BLAS. ¿Qué te pasa, Ginés? ¿A qué viene tanto misterio?

GINES. Porque no quiero que nos vean, ni se entere nadie de lo que le voy á decir.

D. BLAS. Bueno: Pero... ¿qué es ello?

GINES. ¡Una cosa muy grave.

D. BLAS. Venga, hombre, que me tienes sobre ascuas. ¿De qué se trata?

GINES. Pues bien; se trata de... (Mirando á todos lados y bajando la voz) de Andrés.

D. BLAS. (Con sobresalto.) ¿De Andrés?

GINES. ¡Sí, de Andrés, de Andrés! ¡De ese hombre que todos creíamos tan bueno, tan honrado, tan...!

D. BLAS. Pero... ¿qué es lo que ocurre?

GINES. ¡Pues ocurre... que Andrés tiene amores con otra mujer!

D. BLAS. (Como anonadado y fingiendo asombro) ¡¡Jesús!!

GINES. (Muy natural.) ¡Ya sabía yo que usted se alegraría!

D. BLAS. ¡Cómo!

GINES. ¡Que se alegraría saberlo, para... poner remedio á la cosa!

D. BLAS. Ya lo creo. (Con mucho interés.) ¿Y quién es?

GINES. Usted no la conoce.

D. BLAS. ¿Dónde vive?

GINES. En una casa que la llaman *La Casa de los Almendros.*

D. BLAS. (Aparte.) Eran ciertas mis sospecchas. (Alto) ¿Y... cómo lo has sabido?

GINES. Como no tengo nada que hacer, me paseo por el pueblo y por las afueras y... me entero de todo. (Con mucha intención.)

D. BLAS. Pero... ¿tú estás seguro?

GINES. ¡Ya lo creo! ¡Tan seguro; que si usted meayuda en el plan que tengo, ó lo arreglo en el acto, ó Antonia y Andrés se separan para siempre.

D. BLAS. (Sin poder contener la alegría.) ¿Tú crees que se separarán?

GINES. (Con seriedad cómica.) ¡No tienen más remedio!... ¡Una mujer como Antonia, no puede vivir al lado de un hombre como Andrés!

D. BLAS. ¡Eso digo yo!

GINES. ¡Claro... y yo también!

D. BLAS. Y... ¿cuál es el plan que tienes?

GINES. Verá usted. ¡Coger á... *á la fulana*, esconderla en casa de Andrés y presentársela cuando esté Antonia delante, con el fin de que no lo pueda negar. ¿Le gusta la idea?

D. BLAS. Sí, pero... me parece que eso será un poco difícil.

GINES. ¡Cá!... ¡No lo crea! ¡Ya convenceré yo al Tío Roque para que me ayude! ¡Tratándose de su hija consentirá en todo! ¡Ahora, que quisiera que estuviese usted delante...!

D. BLAS. ¿Para que te ayude á convencer al Tío Roque?

GINES. ¡Cá! ¡No! ¡Para eso me basto yo solo! ¡Que esté usted delante para cuando haga yo la presentación de la *señora*... número dos.

D. BLAS. ¡Ah!... ¡Ya!... (Sin comprender.)

GINES. No ve usted que en el momento que Antonia la vea no querrá estar ni un minuto más en la casa.

D. BLAS. (Comprendiendo la cosa.) ¡Ah, vamos!... ¿Y tú quieres...?

GINES. ¡Naturalmente!... ¡Claro!... ¡Siendo usted el más amigo de Antonia...! ¿Quién mejor que usted, para llevársela?

D. BLAS. (Sin casi poder hablar de alegría.) ¡Tienes razón!

GINES. ¡Usted puede cuidarla...! ¡Mimarla!... y quién sabe... el día de mañana nadie lo ha visto...

D. BLAS. (Como si ya la viese en su casa.) ¡Ay...! ¡Ay, Ginés... que tienes razón! ¡Eres el demonio! (Dándole palmaditas en la espalda.)

GINES. (Repitiendo el juego.) ¡Cá! ¡No lo crea!

D. BLAS. (Después de una pequeña pausa.) ¿Y á qué hora te parece que vaya yo mañana á casa de Andrés?

GINES Cuanto más temprano mejor. Yo no haré ni diré nada hasta que usted no esté delante.

D. BLAS. Está bien. (En este momento se oye cantar al CORO GENERAL desde muy lejos:)

Los mozos y las mozas
en este día,
recorren todo el pueblo
con alegría.

GINES. ¡Y márchese, Don Blas, porque ahí vienen los

mozos y las mozas recogiendo para la Virgen; y ya sabe usted la costumbre.

D. BLAS. Sí, sí; ya lo sé, que á todo el que encuentran ó tiene que dar dinero para la fiesta ó le hacen bailar.

GINES. Eso es. Y usted no estará ni por una cosa ni por otra. ¿Verdad?

D. BLAS. Claro que... ¡Conque hasta mañana!

GINES. ¡Adiós, Don Blas! (Al volverse de espaldas Don Blas para hacer mutis por la izquierda, Ginés le amenaza extendiendo el brazo hacia él; en este momento vuelve la cabeza Don Blas maquinalmente y ve la acción de Ginés.)

D. BLAS. ¿Qué te pasa, Ginés?

GINES. ¿A mí?... ¡Nada! (Disimulando.) ¡Que no sé si marcharme por aquí ó por allí (Señalando la parte opuesta.) y con la duda,... me quedo.

D. BLAS. Haz lo que quieras. Hasta mañana. (Mutis.)

GINES. ¡Adiós!

ESCENA II

GINES solo y á poco el CORO GENERAL por la derecha

GINES. (Se queda mirando por donde hizo mutis Don Blas y dice después de una pausa.) ¡Qué satisfecho va y que poco se figura la que le espera!

MÚSICA

Haciendo salida el coro general

UNAS. (Queriéndolo abrazar.)
¡Aquí está Ginés!
OTRAS. (Id. íd.) ¡Dejádmelo estar!
OTRAS. (Id. id.) ¡No, que es para mí!
GINES. (Deshaciéndose de ellas.)
No vale empujar.
Estarse quietas
porque os pesará,
y que si mi novia os ve
del disgusto morirá.
CORO. Sí que es presumido.
GINES. Pues digo verdad.
CORO. Que su novia es muy celosa

y se enfadará.
Que su novia es muy celosa
y de celos morirá.

—

¡Canta, Ginesillo
lo del gitanillo,
que se llama el garro...
garro... garrotillo!

GINES. ¡No se llama así!
CORO. ¿Pues cómo se llama?
GINES. Pues se llama
¡El garrotín!
CORO. Vamos pronto;
empieza ya.
GINES. Hacer corro
que allá va.

(Ginés baila un garrotín especial y altamente cómico, como que hay momentos que parece que esté en un lagar pisando uvas. El coro canta y baila cuando lo indique la música, como burlándose de Ginés.)

¿Qué te quieres apostar?
¿Qué te quieres apostar?
¡Que si sigo así bailando
CORO. Se rompe por la mitá!
GINES. El garrotín,
El garrotán.

—

Gitana,
Morena,
No tengas que mirar.
CORO. No tengas que mirar.
GINES. Que ayer,
tus ojillos,
morían de penar.
CORO. Morían de penar.
GINES. No me vuelves á mirar,
No me vuelvas á mirar,
Que si me miras me matas.
CORO. Y ya no podrá bailar.
GINES Y CORO. El garrotín,
El garrotán,
Gitana,
Morena, etc., etc., etc.

(Bailan todos con mucha animación y al final dicen:)

TODOS. ¡¡Olé!!

HABLADO

GINES. ¡Qué!... ¿Estáis contentos?
UNOS. ¡Sí, sí!
OTROS. ¡Ya lo creo!
UNO. ¡Anda, vamos que se hace tarde! (Bis en la orquesta, mientras canta el coro marcando el mutis por la izquierda.)

Los mozos y las mozas
en este día,
etc., etc., etc.

GINES. (A dos ó tres que han quedado rezagados.) ¡Bueno!... ¡Y acordaos que me habéis hecho bailar! ¡No salgáis luego diciendo que no he dado nada para la fiesta!
UNO. ¡Sí, sí! ¡Ya estás tú bueno! (A los otros.) ¡Anda, vamos! (Mutis izquierda.)

(Mientras se dicen estas últimas palabras, aparecen por la derecha GILDO y BASTIAN que, al ver á GINES, quedan parados y se dicen aparte:)

BASTIAN. ¡Ahí está ese!
GILDO. ¡Ya lo veo!
GINÉS. (A los que hicieron mutis.) ¡Que no se os olvide! (Al volverse y ver á GILDO y BASTIAN dice aparte:) ¡Huy!... ¡Bastián y Gildo!... ¡Me he caído!

ESCENA III

GINES, GILDO y BASTIAN

BASTIAN. (Adelantando un poco hacia Ginés pausadamente.) ¡Oye, tú; embustero!
GILDO. (La misma operación, pasando por delante de Bastián; todo muy cómicamente.) ¡Oye, tú; *trolista!*
GINES. (Con decisión y muy seco) ¡Qué!... (Gildo se asusta del desplante de Ginés, y de un salto vuelve á colocarse al otro lado de Bastián.) ¿Qué es eso de embustero y *trolista?*
BASTIAN. (Con sorna.) ¿Conque nos esperabas á las doce en la taberna, para darnos el duro, eh?
GINES. ¡Si señor! ¡Os he esperado dos horas y no habéis aparecido por allí!
BASTIAN. (Después de mirar á Gildo con asombro.) ¿Que no hemos aparecido?
GINES. ¡No señor!
GILDO. (Adelantando un poco.) ¡Mentira!

(Ginés se mueve como para amenazar á Gildo; éste se escuda con Bastián.)

GINES. ¡Mira, no me digas mentiroso... (como viendo una salida) porque tengo testigos!

BASTIAN. ¿Testigos?

GINES. ¡Si señor! Y si no, pregúntaselo al dueño de la taberna!

BASTIAN. ¿Al *Chispa?*

GINES. ¡No!... ¡Al *Vizco!* (Pausa. Gildo y Bastián se miran.)

BASTIAN. ¿Pues no nos digistes que nos esperabas en la taberna del *Chispa?*

GINES. (Como amoscado.) ¡No!... ¡En la del *Vizco!*

GILDO (Con estupidez.) ¡Ah!...

BASTIAN. (Id.) ¡Pues entonces... perdona, que es que lo entendimos mal!

GINES. ¡Ahora os merecíais que no os diese ni un céntimo!

BASTIAN. ¡Hombre!... ¡Ya te he dicho que perdones!

GILDO. ¡Claro!... ¡Venga el duro!

GINES. Espera. Antes un encargo que tengo de don Blas, para vosotros!

BASTIAN. ¿Qué es ello?

GINES. Que os ocultéis mañana temprano, cerca de la casa de Andrés, en un sitio donde podáis ver la puerta sin que os vean á vosotros. Y cuando yo me asome y os haga así, (seña con la mano) que entréis á decirle, delante de todos, estas palabras: (muy marcado) ¡Venimos por los dos duros que usted nos debe, por venir á mirar á esta reja! (Todo esto lo oyen Gildo y Bastián como atontados.) ¡Qué!... ¿Os extraña?...

BASTIAN. ¡Claro, que!...

GINES. ¡Cuidado que sois brutos! ¿Pero nos abéis que Don Blas es el mejor amigo de Andrés... y que quiere demostrar que vela por el... (Pequeña pausa para ver el efecto de sus palabras. Gildo y Bastián ni pestañean.) que hasta paga gente para que le vigilen la casa... y que así le da pruebas del interés que por él se toma? (Gildo y Bastián quedan anonadados.)

BASTIAN. (Convencido y mirando á Gildo.) ¡Tiene razón!

GILDO. (Más convencido.) ¡Que le sobra!

BASTIAN. ¡Qué bien hace las cosas Don Blas!

GINES. ¡Qué...! ¿Estáis convencidos?

GILDO. ¡Ya lo creo!

BASTIAN. Bueno, pues dile que iremos mañana.

GINES. ¡Ahora ocultaros y á ver si os acordáis de lo que le tenéis que decir! Yo desde aquí haré la seña.

LOS DOS. ¡Bueno! (Se ocultan en la primera derecha, hace la seña Ginés y entran muy decididos.)

BASTIAN. Aquí venimos... aquí venimos... á que...

GILDO. Aquí venimos... por la reja,... digo, por los...

BASTIAN. Nos hemos hecho un lío, por culpa de éste.

GILDO. ¡Pues yo lo he dicho bien!

BASTIAN. ¡Mentira! (A Ginés.) Yo lo diré solo para que veas.

GINES. ¡Venga!

BASTIAN. (Muy redicho y sin pestañear.) ¡Veninos por... los dos duros que usted nos debe... por venir á mirar... á esta reja!

GILDO. (Ha gesticulado, sin darse cuenta, todo lo que ha ido diciendo Bastián, y sin poderse contener, dice con éste las últimas palabras como quitándose un gran peso de encima.) ... A esta reja!

GINES. ¡Muy bien! ¡Ahora marcharos y á ver si no se os olvida!

BASTIAN. No se nos olvidará.

GILDO. ¡Y á tí que no se te olvide el duro!

GINES. Vete tranquilo.

BASTIAN. Vamos, tú. (Lo pasa delante y hacen mutis por la izquierda, diciendo á media voz:) «Venimos por los dos... etc., etc.

ESCENA V

GINES solo

GINES. ¡Qué bien me está saliendo todo y... cómo me voy á vengar de los cuarenta y ocho puntapiés que llevo á cuestas! ¡Qué tontos son los que no son tontos! ¡Ahora á prevenir al Tío Roque, y mañana á primera hora!...

(Va marcando el mutis por la izquierda cantando y bailando.)

Al garrotín,
Al garrotán,
que de donde las toman
las dan. (Acción de pegar.)
¿Qué te quieres apostar?...
etc., etc., etc.

TELÓN RÁPIDO Y MUTACIÓN

CUADRO CUARTO

La misma decoración del cuadro primero. La puerta del foro y la reja, cerradas. Un velón á medio apagar, colgado en la chiminea. Es poco antes de romper el día.

ESCENA PRIMERA

El TIO ROQUE sentado en el sillón como dormitando. A poco de levantarse el telón, se oyen unos golpes suaves dados en la puerta del foro, y después de una pequeña pausa, vuelven á repetirse éstos, un poco más acentuados, y que llaman la atención al TIO ROQUE, éste se levanta, y después de restregarse los ojos con el reverso de las manos, sube hasta la puerta del foro.

Al dar los segundos golpes, aparece ANTONIA por la segunda derecha, y al ver que se levanta el TIO ROQUE, se oculta detrás de la cortina de la misma.

ROQUE. (En voz baja.) ¿Quién va?

GILDO. (Desde dentro.) ¡Soy yo, tío Roque! Abra la puerta del corral.

ROQUE. ¡Voy! (Marcando el mutis.) ¡Este Ginés es el demonio! ¡Qué resultará de todo esto! (Mutis primera izquierda.)

ANTONIA. (Saliendo de su escondite.) Qué misterio se traerán entre manos mi padre y Ginés, que anoche les sorprendí hablando en voz baja.. y oí que le decía Ginés á mi padre...—«Usted fíe en mí, que mañana quedará todo arreglado...»—¿Será que...? ¡Pero no, cuando yo me asomé á la reja, mi padre estaba durmiendo! ¡Pero... llamar Ginés á estas horas con tanto misterio...! ¿Qué será, Dios mío...? ¡Yo he de averiguar lo que pasa! (Se dirige á la primera izquierda, y después de observar un momento, se aparta diciendo:) ¡Ya salen!... ¡Y vienen discutiendo! ¡Yo lo oigo todo! (Se pone á escuchar desde donde se ocultó antes.)

ESCENA II

ANTONIA, oculta. El TIO ROQUE y GINES por la primera izquierda, discutiendo en voz baja.

ROQUE. ¿Pero... quieres hacer el favor de decirme para qué has traído esa muchacha á esta casa?

GINÉS. ¡Sí,... pero baje la voz, que podían oirnos!

ROQUE. Pero...

GINES. ¡Chist!... ¡Tome usted asiento! (El Tío Roque se sienta en el sillón y Ginés á su derecha en una silla baja.) Pues señor...

ROQUE. ¿Vas á contarme un cuento?

GINES. ¡Sí, cuento, cuento! .. (Dándole importancia á la frase.) ¡Sucedido... histórico... eso es! (Queda mirando al Tío Roque para ver el efecto que le ha producido la palabra.)

ROQUE. ¡Sucedido! ¿Y qué es ello?

GINES. Agárrese bien para no caerse. ¡Esa muchacha que ha venido conmigo y que tiene usted ahí dentro, es... es hija de Andrés!

ROQUE. (Como despertando de una pesadilla.) ¡¡Qué!!

ANTONIA. (Oculta.) ¡Dios mío!

GINES. Ya le decía yo á usted que se agarrara.

ROQUE. (Sin poder darse cuenta.) ¡Que es su hija!

GINES. Ya lo creo.

ROQUE. ¿Y cómo ha sido eso?

GINES. (Muy natural.) ¡Yo qué sé!

ROQUE. (Con profunda meditación.) ¡Su hija!... ¡Su hija!...

GINES. Si señor, sí; su hija. (Como resolviendo un problema.) Más claro aún. ¡Que Andrés es su padre! (El Tío Roque queda como anonadado. Antonia mueve la cortina con nerviosidad.)

ROQUE. (Como temiendo el saberlo.) Y... ¿y quién es la madre?

GINES. No lo sé, ni ella tampoco lo sabe. Murió al nacer la niña. (Por la cara del Tío Roque pasa una ráfaga de alegría. Antonia quiere contener un suspiro y no puede. Ginés se apercibe aunque muy vagamente y vuelve la cabeza hacia la derecha.)

ROQUE. ¿Qué te pasa, Ginés?

GINES. (Se levanta y después de mirar á las dos puertas de la derecha, vuelve á su silla diciendo:) ¿No ha oído usted nada?

ROQUE. ¿De qué?

GINES. ¡Me había parecido...!

ROQUE. Bueno, déjate de tonterías y cuenta, cuéntame lo que sepas.

GINES. Con pocas palabras está dicho todo. Verá usted. (El Tío Roque se prepara para oir. Antonia escuchando detrás de la cortina.) Cuando sortearon á Andrés para el servicio del Rey, salió soldado y se lo llevaron á la capital sin que dejara en el pueblo ningún cariño—pues ya sabe usted que era huérfano.

ROQUE. (Con impaciencia.) Sí, hombre, sí; ya lo sé. ¡Al grano!

GINES. ¡Voy, voy! Pues bueno; así que llegó al cuar-

tel y el primer día que salió de paseo con su traje nuevo de soldao, se encontró con una mujer muy compuesta y no mal parecida. Y él, por decir algo, se cuadró y la dijo: (Esto muy cómico.) «¡Viva España!»—y ella le contestó—«¡Viva el Ejército»! Y... antes del año ya tenían una hija. (Pausa.) (El Tío Roque baja la cabeza como meditando.)

ROQUE. ¡Una hija...!

GINES. ¡Si señor... no pudo ser otra cosa!

ROQUE. (Reconcentrado.) Y... ¿por qué la traes á esta casa?

GINES. (Remedándole cómicamente.) Para aplastarle la cabeza á una víbora.

ROQUE. ¿Y qué víbora es esa?

GINES. ¡Esa víbora es Don Blas!

ROQUE. (Protestando.) ¡Ginés!

GINES. ¡Si señor, Don Blas! (Bajando la voz.) ¡Don Blas que está enamorado de Antonia!

ROQUE. (Entre protesta y asombro.) Pero... ¿tú sabes lo que dices?

GINES. ¡Ya lo creo! (Confidencialmente.) ¡Y tengo pruebas!

ROQUE. ¿Qué pruebas son esas?

GINES. Verá usted. (Después de investigar la escena con la mirada.) Cuando Andrés terminó el servicio y se vino al pueblo, dejó su hija con la mujer que él había buscado para que la criase. Ya sabe usted que al año de venir empezaron los amoríos con Antonia.

ROQUE. ¿Y por qué no le dijo Andrés lo de la niña?

GINES. Por miedo á que no quisiera casarse con él.

ROQUE ¿De modo que por no perder el cariño de mi hija, renunció tener á su lado la suya?... ¡Qué abnegación!

GINES. ¡Ya lo creo que es ab... ab... bueno!

ROQUE. ¿Y cómo sabes tú todo eso?

GINES. Porque me lo ha contado la tía Jenara, la de *La Casa de los Almendros*, que es donde tiene Andrés á su hija desde que la trajo al pueblo, hace poco más de un año.

ROQUE. Bueno. ¿Y qué tiene que ver Don Blas con todo eso?

GINES ¡Ya lo creo que tiene que ver! Como que ha espiado á Andrés muchas noches, y como le ha visto entrar siempre en el mismo sitio, le ha dicho á Antonia que en esa casa tiene á su *amante*.

ROQUE. ¡Ah, canalla! (Transición.) Pero... ¿no será una invención tuya, por el odio que le tienes?

GINES. ¿Mía?...

ROQUE. ¡Sí, tuya!... ¡Y si así fuera, yo te juro que me sobrarían las pocas fuerzas que me quedan, para arrancarte la lengua!

GINES. (Levantándose.) ¿Este también?...

ANTONIA. (Saliendo.) ¡Padre!

GINES. ¡Antonia!... ¿De dónde sales?

ANTONIA. ¡Estaba ahí, detrás de esa cortina!

GINES. ¡Ah!... ¡Vamos! (Por lo del suspiro.) ¿De modo que lo has oído todo?

ANTONIA. ¡Todo!...

ROQUE. ¿Y es cierto lo que ha dicho éste?

ANTONIA. ¡Sí, padre; cierto!

ROQUE. Entonces perdona, Ginés, si...

GINES. ¿El qué?... ¡Si yo me dejaría dar de bofetones tres horas seguidas con tal de verles á ustedes felices!

ANTONIA. ¡Gracias, Ginés; muchas gracias! (Dirigiéndose á la primera izquierda.) Ahora voy á ver á la...

GINES. ¡No, Antonia; por Dios, que me echarías á perder el plan que tengo!

ANTONIA. ¿Y qué plan es ese?

GINES. Luego lo verás.

ANTONIA. Pero...

GINES. ¿Tú tienes confianza conmigo?

ANTONIA. Por completo.

GINES. ¿Y usted, Tío Roque?

ROQUE. También, pero...

GINES. Pues dejen hacer á este tonto. Tu te escondes en aquella habitación (Segunda derecha) y no salgas hasta que oigas gritos—que los oirás.—Pero no sabes ni una palabra de lo que hemos hablado.

ANTONIA. ¿De modo que no le puedo decir á mi Andrés...?

GINES. Ni una palabra.

ROQUE. ¿Y yo qué hago?

GINES. Estar conforme con todo lo que yo diga.

ROQUE. ¡No sé si podré!...

GINES. (Dominando.) ¡Pues es preciso!

ROQUE. ¡Bueno, bueno!

GINES. ¡Y ahora, manos á la obra, porque Don Blas ya debe estar al caer! (Llaman muy suave en la puerta del foro. Bajando la voz.) ¡Mira! ¡En nombrando al *Ruín de Roma...!* ¡Tú, adentro! (Mutis segunda derecha.) ¡Usted ahí sentado, como meditando! (Lo hace sentar en el sillón, apoyando la cabeza sobre la mano izquierda á fin de quedar de espal-

das. Ginés abre la puerta y se ilumina la escena con la luz del día. DON BLAS entra muy pausadamente, como investigando la escena. Ginés apaga el velón que hay colgado en la chimenea y viene á colocarse al lado de don Blas.)

ESCENA III

GINES, el TIO ROQUE y DON BLAS

D. BLAS. (Al ver al Tío Roque le dice por lo bajo á Ginés:) ¿Qué le pasa?

GINES. (Lo mismo.) ¡Que lo sabe todo!

D. BLAS. ¡Pobre Tío Roque!

GINES. (Muy seco y mirando á Don Blas.) ¡Bueno!

D. BLAS. (Se acerca al Tío Roque y le dice con hipocresía:) ¡Animo, Tío Roque!

ROQUE. (Volviéndose con rapidez y dando un puñetazo en el sillón.) ¡Canalla! ¡Granuja! (Esto lo dice de manera que no se sabe si es por Andrés ó por Don Blas. Éste retrocede un poco. Ginés se interpone entre los dos temiendo que se descubra la comedia. Todo con mucha rapidez.)

GINES ¡Calma, Tío Roque, calma; que todo se arreglará! (A Don Blas.) ¡Esto lo dice...! ¡Claro!... ¡Como está...! ¿Comprende?

D. BLAS. ¡Ya, ya!

ESCENA IV

LOS MISMOS y ANDRÉS que sale por la primera derecha, muy preocupado y casí sin mirar á nadie. A poco ANTONIA por la segunda derecha.

ANDRES. (Maquinalmente.) ¡Buenos días!

TODOS. (A media voz.) ¡Buenos días!...

ANDRES (Sin darle importancia.) ¡Usted tan temprano por aquí, Don Blas...! ¿Ocurre algo?

D. BLAS. ¡No...! ¡Nada...! (Pausa.) (Andrés se sienta junto á la mesa, reclinando la cabeza sobre la mano y vuelto un poco de espaldas. Ginés y Don Blas se miran como consultándose. Éste le indica á Ginés con la cabeza que hable.)

GINES. (En voz baja.) ¡Voy, voy! (El Tío Roque se mueve en el sillón como nervioso.)

D. BLAS. (A Ginés, casi con el aliento.) ¡Anda!...

GINES. (Lo mismo.) ¡Voy, voy! (Después de una preparación cómica, le dice á Andrés casi al oído.) ¡Andrés!...

ANDRES (Volviéndose un poco.) ¿Qué hay?...

GINES. Pues... (Muy natural.) Nada de particular.

D. BLAS. (Aparte rápido á Ginés.) ¡Cómo!...

GINES. ¡Ah, sí, sí... ¡Ya lo creo que hay!...

ANDRES. Pero... ¿qué pasa, que noto en todos ustedes algo que no me explico?. . (Al ver que nadie contesta.) ¿Ocurre algo, Don Blas?

D. BLAS. (Sentenciosamente.) ¡Ya lo creo que ocurre!

ANDRES. ¿Y qué es ello?

D. BLAS. (Después de una pequeña duda.) ¡Ginés te lo dirá!

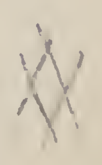
ANDRÉS. ¡Bueno!... ¡Habla!... ¿Qué pasa?

GINES. Pues pasa... (Preparando el discurso) que... cuando un hombre es casado con... con una mujer... y esta mujer es buena,... honrada y digna,... el hombre no debe engañarla,... eso es. (Suspira como quien se quita un peso de encima.)

ANDRES. (Con estupefacción.) ¿Qué quieres decir con eso?

GINES. (Sentenciosamente.) ¡Que tú... (Como si lo llevara estudiado.) cuando te casaste con Antonia fué para hacerla feliz y no para engañarla, teniendo amores con otra mujer que... que no sé cómo se llama!. (A Ginés se le nota en la cara el presentimiento de la bofetada que va á llevarse. Don Blas sonríe satisfecho.)

ANDRES. (Dando un fuerte puñetazo é intentando castigar á Ginés.) ¡Mientes, granuja! ¡Mientes! (Don Blas se interpone conteniendo á Andrés. El Tío Roque se levanta para intervenir. ANTONIA aparece en la puerta como luchando por hablar. Ginés, que ha subido hacia el foro, le hace señas para que calle. Recomienda el autor esta escena al talento de los actores.)



ROQUE.
D. BLAS. } ¡Andrés!

ANDRES. Pero... ¿no oyen ustedes lo que dice ese canalla?

GINES. No vale á faltar, ¡eh!... (Movimiento en Andrés. Ginés se refugia detrás del Tío Roque.) Que tengo pruebas.

ANDRES. ¡¡Pruebas!!... ¿Oye usted esto, Don Blas?... ¿Usted oye esto, padre?... (Pausa:) ¡Cómo!... ¿Se callan ustedes? (Pausa.) Pero... ¿es que se burlan de mí, ó es que yo estoy loco?... ¡Hablen!... ¡Digan algo, para que me convenza de que no es un sueño!

D. BLAS. (Con hipócrita mansedumbre.) ¡Es cierto, Andrés!... ¡Existen pruebas!

ANDRES. ¡¡Usted también!!... ¡Dios mío, van á hacerme

dudar hasta de mí mismo! (Pausa.) ¿Y usted qué dice á esto, padre? (Ginés, que está colocado á su izquierda, le tira del chaleco como llamándole la atención para que sepa lo que ha de contestar.)

ROQUE. (Con alguna violencia.) ¡Qué tiene razón Don Blas!

ANDRES. ¡¡También usted!! (Como tomando una resolución.) ¡Ea!... ¡Esto ya es demasiado...!

ANTONIA. (Que se ha colocado en primer término á la derecha de Andrés esquivando las miradas que á hurtadillas le dirige Don Blas como saboreando su triunfo.) ¡Andrés!

ANDRES. ¡Cómo!... ¿Estás tú ahí, Antonia? ¡Me alegro, me alegro; porque quiero que presencies una infamia...! (Transición.) ¡Yo ya no sé si mía ó de éstos; pero quiero que la presencies! (Cierra la puerta del foro, corre el cerrojo y vuelve á colocarse en el mismo sitio. Todos le miran estupefactos.)

ANTONIA. (Con temor.) ¿Qué intentas, Andrés?

ANDRES. (Con decisión.) ¡Ahora lo verás!

ANTONIA. !Pero...!

ANDRES. ¡Déjame, Antonia!...

ANTONIA. ¡Es que...!

ANDRES (Con sequedad.) ¡Que me dejes, te digo! (Mirando á todos con altivez y con aparente calma.) ¡Vengan, vengan esas pruebas en el acto; ó juro por mi nombre que se van á acordar todos de este día. (Pequeña pausa que sirve para interrogar á todos con la mirada.) ¡Pronto!... ¿Quién es esa mujer?... ¡Aquí, delante de Antonia!

GINES. (Adelantando cómicamente.) ¡Pues bien; esa mujer es... (Transición.) ¡Pero es mejor que lo diga *ella!*

ANDRES. (Conteniendo la ira.) ¡No!... ¡Si ha de ser ahora...!

GINES. (Remedándole.) ¡No!... ¡Si será ahora...! ¡Porque *ella* está aquí!

ANDRES. ¡¡Aquí!! ¿En mi casa...?

GINES. (Siempre en cómico pero sin exageración.) ¡Aquí!... ¡En tu casa!

ANDRES. (Mirando á todos con estupefacción y encarándose con Don Blas.) ¡Pero...!

D. BLAS. (Como con pesadumbre.) ¡Sí, Andrés, sí; aquí en tu casa!

ANTONIA. (Aparte sin poderse contener.) ¡Canalla! (El Tío Roque va á hablar, pero Ginés le contiene diciéndole aparte y con mucha rapidez:) ¡Chist...! ¡Calma, que ya queda poco!

ANDRES. (Sin poder darse cuenta y después de meditarlo un poco.) ¡No, no y no!... ¡Esto es mentira!... ¡Esto es una farsa...!

GINES. (Mirándole de arriba á abajo.) ¡Farsa...! ¡Mentira...! (Con énfasis.) ¡Tío Roque, saque usted á la *intrefecta*. (El Tío Roque, después de dudar un momento, hace mutis por la primera izquierda. Es inútil advertir la emoción que ha de experimentar cada personaje en esta escena.)

ESCENA V

LOS MISMOS menos el TIO ROQUE, que sale á poco con ANDREA

Esta es una mujercita de nueve años. Limpia como el oro. Sin traje de bebé, ni zapatos de charol, ni nada de eso. Va de batita y zapatos modestos. Es una niña muy alegre.

ANDRES. (Después de una pequeña pausa.) ¡Y va por ella...! ¿Estaré soñando?...

GINES. (Aparte á Don Blas.) Usted colóquese aquí, junto al sillón, para que tenga donde apoyarse.

D. BLAS. (Presintiendo algo malo.) ¡Pero...!

GINES. ¡Silencio, que salen!

(Salen por la primera izquierda el TIO ROQUE y ANDREA. Esta sale con la timidez propia de su edad, al hallarse en casa desconocida.)

ROQUE. ¡Aquí está!

ANDRES. (Como el que ve visiones.) ¡Que...! ¡¡Andrea!! ¡¡Tú aquí...!!

ANDREA. (Corriendo á sus brazos.) ¡Padre mío...!

ANDRES. ¡¡Hija de mi alma!!

D. BLAS. (Apoyándose en el sillón para no caerse.) ¡Su hija... ! ¡Dios mío!

GINES. ¡Ya sabía yo que le haría falta el apoyo!

(Cuadro. Andrés se sienta en la silla que hay junto á la mesa abrazado á su hija. Antonia contempla el grupo con profundo cariño. Ginés no pierde de vista á Don Blas. Este, aprovechando la situación, intenta hacer mutis por el foro, pero al llegar á la puerta, se encuentra con Ginés que le ha ganado la mano.)

GINES. ¿Dónde va usted, Don Blas? (Con cierto retintín.) ¡Espere un momento á ver en qué para esto!

D. BLAS. ¡No...! ¡Si es... que...!

GINES. ¡Tenga un poco de calma! ¡Es cuestión de cinco minutos! (Don Blas se resigna y viene á colocarse junto al sillón.)

ANDRES. (Sin darse cuenta de lo que le pasa.) Pero... ¿quién te ha traído aquí, hija mía?

GINES. ¡Yo!

ANDRES. ¡¡Tú!!

GINES. ¡Sí, yo...! ¿Qué hay...? ¿Qué hay...? (Esto lo dice casi gritando. El asombro de Andrés es tan grande, que

no sabe qué decir. Ginés se aprovecha y hace la transición diciendo:) Con tu permiso. (Cogiéndola de la mano.) ¡Ven, Andrea! (Al Tío Roque.) ¡Váyase un momento con ella, que Don Blas tiene que hablar con Andrés y no quiere niños delante!

ROQUE. Pero...

GINES. ¡Váyase tranquilo que yo me quedo aquí!

ROQUE. ¡Bueno, lo que quieras. (Mutis con Andrea por la primera izquierda.)

ESCENA VI

LOS MISMOS menos el TIO ROQUE y ANDREA

GINES. ¡Bueno, Don Blas, ya estamos solos! ¡Ya puede usted explicar lo que quería!

D. BLAS. ¡Yo!...

GINES. Sí, usted.

ANDRES. ¡No; el que lo va á explicar eres tú, tú; (De mala manera) y va á ser en el acto! ¿Por qué has dicho que yo tenía amores con otra mujer?

GINES. (Muy natural.) ¡Porque Don Blas lo dijo!

D. BLAS. ¡Yo! ¿Que yo lo dije? (Entre asombro y miedo.)

GINES. ¡Sí, usted, usted; que hizo salir anoche á la reja á la pobre Antonia para decírselo.

ANDRES. (Rápido á Antonia.) ¿Que anoche te obligó á salir á...?

D. BLAS. ¡Falso! ¡Falso!... ¡Mentira!

ANDRES. ¡Contesta, Antonia! (Sin hacer caso de don Blas.)

ANTONIA. ¡Sí, Andrés!... (Con cierto temor.) ¡Me obligó á salir para decirme dónde vivía la mujer que me robaba tu cariño!

ANDRES. ¿Y te lo dijo?

ANTONIA. ¡Sí!

ANDRES. ¿Dónde te dijo que vivía?

ANTONIA. En *La Casa de los Almendros*. (Durante este corto diálogo, Ginés sube al foro, abre la puerta y hace una seña con la mano. Don Blas se siente febril á causa del miedo.)

ANDRES. ¡Ah, canalla! ¡Bandido! (Intentando agredirle. Antonia y Ginés lo sujetan.)

ANTONIA. }
GINES. } ¡Andrés!

D. BLAS. (Jugándose el todo por el todo.) ¡Te digo que es mentira! ¡Todo eso ha sido tramado por ese granuja de tonto, para perderme!

GINES. ¿Tramado por mí?

D. Blas. ¡Sí!

Gines. ¡Bueno! ¡Pues aún hay más! ¡Esta persona tan *dignísima,* pagó á dos hombres para que viniesen anoche á mirar á esa reja, y si veían que alguien hablaba con Antonia, que lo contasen luego por el pueblo!

Antonia. (Sobresaltada.) ¡Qué...!

Andres. (Id.) ¡Cómo...!

D. Blas. (Con desesperación.) ¡Falso...! ¡Mentira...! (Mirando á Andrés con altanería.) ¡A ver! ¡Que lo pruebe!

ESCENA VII

DICHOS, BASTIAN y GILDO por el foro derecha, con sendas varas

Los dos. ¡Buenas noches!

D. Blas. ¡¡Vosotros, aquí!!

Andres. ¿Qué pasa?

Bastian. (A Don Blas, muy decidido y en la misma forma que en el cuadro anterior. Gildo no rompe tampoco hasta las últimas palabras.) «Venimos por los dos duros que usté nos debe, por venir á mirar... á esta reja.»

Gildo. ... á esta reja.

D. Blas. (Algo descompuesto.) ¿Pero qué están diciendo estos imbéciles?

Gildo. (Aparte rápido, á ellos.) ¡Preparad las varas porque se ha vuelto loco! (Estos retroceden un poco, se escupen en la mano y preparan las varas.)

D. Blas. (Adelantando hacia ellos.) ¿Quién os ha hecho venir aquí?

Bastian. ¡Como se acerque, de un palo le abro la cabeza!

Gildo. ¡Y yo, de otro palo se la vuelvo á cerrar!

D. Blas. (Fuera de sí.) ¿Que quién os ha hecho...?

Andres. (Con dignidad, y dominando la situación.) ¡Calma, Don Blas, porque aquí no tiene derecho nadie á preguntar, más que yo! ¡Y vosotros...! ¿Por qué teníais que venir á mirar á esta reja? (Todos quedan pendientes de la contestación.)

Bastian. Pues... porque Don Blas nos dijo, que había un hombre que hablaba con Antonia cuando tú no estabas en casa. (Todo esto dicho como el que cuenta un cuento.)

Antonia. (Con sobresalto.) ¡Falso, falso; Andrés de mi alma...! ¡Te juro que yo no tengo amores con nadie! ¡Fué él el que...!

Andres. Tranquilízate, Antonia. (A Don Blas con temible

tranquilidad.) Y usted, Don Blas, ¿es cierto todo lo que aquí se ha dicho?

D. BLAS. (Como el que defiende la última trinchera) ¡Pues bien; sí, es cierto!.. (Movimiento de Andrés, pero Antonia le contiene) ¡Pero fué debido á la amistad que por vosotros siento! ¡Por evitar un mal...! ¡Y prueba de ello es, que me congratulo de que la que yo creía tu amante, resulte hija tuya!

ANDRES. ¡Basta, Don Blas, que no puedo ver con calma tanto cinismo. ¿Con que debido á nuestra amistad? (Transición.) ¡Estoy viendo que ni aun para mentir tiene usted talento!

D. BLAS. ¡Pero...!

ANDRES ¡Y no le cruzo á usted la cara por respeto á sus años... y porque no quiero que tenga usted contacto en nada que proceda de hombre honrado! ¡Conque fuera de mi casa, y dé gracias á que sólo me contento con despreciarle!

D. BLAS. (Dudando un momento) ¡Yo te juro...!

ANDRES. (En un arranque nervioso y sin que nadie pueda evitarlo, coge á Don Blas por las solapas.) ¡Fuera de mi casa, ó por el santo de mi nombre que lo deshago! (Le da un empujón que va á parar á la puerta del foro. Don Blas intenta hablar.) ¡He dicho que fuera!

GINES. (Que sube al foro y dice cómicamente:) ¿No lo oye usted...? ¡Ha dicho que fuera! (Haciendo chasquear los dedos.) ¡Conque fuera! (Don Blas, después de lanzar á todos una mirada de odio, hace mutis por el foro derecha. Antonia se sienta en la silla que hay junto á la mesa.

ESCENA VIII

DICHOS menos DON BLAS

GINES. (Desde la puerta del foro.) ¡Don Blas!... ¡Eh!... ¡Don Blas!... (Remedándole.) «¡Mi trabajo me cuesta, pero será mía!»... ¡Y se la ha llevado! (Acción de pegar.) ¡Vaya si se la ha llevado!

BASTIAN. (Que está como atolondrado.) ¡Bueno, Andrés... nosotros nos vamos!... y perdona que...

ANDRES. ¡Sí, sí, marcharos,... y no os volváis á meter otra vez en asuntos de esta índole porque os podría costar caro. (Andrés les vuelve la espalda y queda contemplando á Antonia. Gildo y Bastián se miran, hacen un gesto y optan por marcharse. Al pasar por delante de Ginés, le dicen en voz baja:)

BASTIAN. ¡Nos vamos...!
GILDO. ¡Sin cobrar!
GINES Ya ha cobrado Don Blas por vosotros.
BASTIAN. ¡Sí, sí; ya estás tú bueno! (Mutis.)
GILDO. ¡Que te aproveche el duro! (Mutis.)
GINES. ¡Gracias! ¡Bueno, yo á lo mío! (Mutis primera izquierda)

ESCENA IX

ANDRÉS y ANTONIA

ANDRES. (Después de una pequeña pausa y como temiendo abordar el asunto de su hija.) ¡Antonia...!
ANTONIA. (Que ha estado meditabunda toda la escena, se levanta y le dice abrazándole:) ¡Andrés...! ¡Andrés de mi alma!
ANDRES. (Asombrado) ¡Cómo!.. ¿No me rechazas?... ¿De modo que me perdonas el haberte ocultado tanto tiempo?...
ANTONIA. ¡Tú eres el que me debes perdonar por haber dudado de un hombre tan bueno como tú!
ANDRES (Sin saber lo que pasa.) Luego... ¿no rechazas á *mi hija?*
ANTONIA. ¡A *nuestra hija,* querrás decir!
ANDRES. ¿A *nuestra...?*
ANTONIA. (Muy sentido.) ¡Claro! ¿No murió *su madre?* ¡Pues quien mejor para *sustituirla...* que la *esposa* de *su padre!*
ANDRES. Pero... ¿tú sabes?
ANTONIA. ¡Sí, Andrés; lo sé todo!
ANDRES. ¿Quién te lo ha dicho?
ANTONIA. ¡Ginés!
ANDRES. ¿Ginés?
ANTONIA. ¡Sí, Ginés que ha velado por nosotros y nos ha dado á conocer el alma ruín y miserable de ese canalla.
ANDREA. (Desde dentro.) ¡Madre!... ¡Madre!
ANTONIA. (Con emoción.) ¡Qué palabra tan dulce!... ¡Madre!...
ANDRES. ¡Antonia!

ESCENA ULTIMA

DICHOS, GINÉS y ANDREA; á su tiempo el TIO ROQUE

ANDREA. (Saliendo con Ginés.) ¿Dónde está mi madre? (A Ginés con ingenuidad y señalando á Antonia que está apoyada en la mesa.) ¿Es aquella?

GINES. ¡Sí, aquella!

ANDREA. (Corriendo hacia ella.) ¡Madre! ¡¡Madre de mi alma!!

ANTONIA. ¡¡Hija de mi corazón!! (Se abrazan efusivamente.)

ANDRES. (Estrechándole la mano.) ¡Gracias, Ginés; muchas gracias!

GINES. (Algo emocionado.) ¿De qué?... ¡Si no tiene importancia! ¡Es... mi última tontería! (Sube hacia el foro. Andrés queda contemplando el grupo.)

ANDREA. (Acariciándola.) ¿Conque tú eres mi madre?

ANTONIA. (Suspirando.) ¡Sí, hija de mi alma!

ANDREA. (Dando palmaditas.) ¡Ay, qué alegría!... ¡Tengo padre,... tengo madre,... tengo abuelito!... (Saliendo al encuentro del TIO ROQUE que aparece por la primera izquierda.) ¡Mira, ahí sale! ¿Vienes á contarme otro cuento?

ROQUE. (Tocándole la carita.) ¡Todos los que quieras, hija mía!

ANDREA. ¿Todos los que quiera? ¡Pues siéntate aquí! (Le da una silla baja que tendrá á mano y le ayuda á sentarse.)

ROQUE. ¡Ya estoy!

ANDREA. (Arrodillándose á su lado.) ¡Anda, empieza!

ROQUE. ¡Voy! (La orquesta empieza á tocar pianísimo y el telón á bajar muy lentamente.) «Pues señor... este era un pastor, que iba con sus ovejas por un monte muy alto... muy alto... (Y sigue el cuento en voz baja, tan baja, que no se oye. Antonia se apoya medio desvanecida en la mesa. Andrés, al verla, corre hacia ella. Ginés contempla los dos grupos. El Tío Roque y Andrea siguen abstraídos en su cuento, ella asintiendo con la cabeza, él sonriendo de satisfacción.)

ANDRES. ¡Antonia!... ¡Antonia!... ¿Te has puesto enferma?

ANTONIA. ¡No, Andrés de mi alma! (Comiéndoselo con los ojos.) ¡Es que siento una emoción que me ahoga!... ¡Una alegría que embarga mis sentidos!

ANDRES. (Con vehemencia.) ¡Antonia!

ANTONIA. (Sin casi poder hablar de emoción.) ¡Qué dicha, Andrés!... ¡Tener una niña de quien cuidar!

GINES. (Que ha venido á colocarse, sin ser visto, á la derecha de Antonia, procurando no hacer nada que distraiga al público, y le dice en voz baja:) ¡Te equivocas, Antonia!... ¡Son dos!

ANTONIA. ¡Dos!

GINES. ¡Sí, dos! (Señalando al grupo.) ¡No estás viendo á tu padre!

ANTONIA. (Sonriendo con ternura.) ¡Es verdad!... ¡Tienes razón, Ginés! (Mirando á Andrés.) ¡Es otro niño!

CUADRO

Antonia y Andrés quedan abrazados y mirando al grupo. Estos, con caras muy alegres, siguen abstraídos en su cuento. Ginés, con profunda satisfacción, contempla los dos grupos. Mucha alegría en todas las caras, fuerte en la orquesta y telón rápido.

FIN DE LA OBRA

Cuatro líneas para que quede patente mi agradecimiento á mis queridos compañeros, que ensayaron é interpretaron la obra con tal cariño, que indiscutiblemente se debe á ellos el éxito que obtuvo,

Un millón de gracias y queda á la recíproca

El autor

A mi querido amigo

LUIS SIRERA

Ya sé que la obra es mala, pero de ser buena, igual te la hubiese dedicado

El autor

Precio: UNA peseta.